

## CORRESPONDENCIA

## CHINA

*Construcción é inauguración de una escuela.—Dificultades en la conversión de los chinos.—Necesidad de misioneros.—Iglesia en proyecto.*

El Rdo. P. Francisco Broch, O. P., escribe á su Padre Provincial desde Ting-Tau el 1.º de Agosto de 1893:

**D**ESPUÉS de tanto tiempo como hace que no me he comunicado con V. R., tomo la pluma para decirle cuatro palabras, aunque sea de prisa y corriendo por no tener tiempo para más, acerca de este extenso distrito que la obediencia ha confiado á mi cuidado. Hace cerca de dos años que estoy en este importante pueblo de Ting-tau, cabecera del distrito de su nombre y del distrito de A-pui, en donde hay un Padre

bía tomado. Por fin, después de más de un año la he podido terminar, habiendo gastado unos cien pesos además de los doscientos y pico que expendió el P. Santiago en la compra del terreno, materiales y demás.

El año pasado por el mes de Diciembre se inauguró dicha escuela, y gracias á Dios, estoy ya recogiendo frutos muy abundantes, pues en menos de medio año me han traído las dos maestras más de cincuenta niñas, todas de este pueblo, las cuales hallé tan adelantadas é instruidas en el rezo y doctrina cristiana, que no tuve reparo en que las mayorcitas hicieran la primera Comunión después de haberse confesado todas por tres veces.

El fundar escuelas de ambos sexos, y principalmente escuelas de niñas con buenas maestras, es, para mí, uno de los medios más eficaces para propagar la Religión en estas Misiones, y para conservar la fe y el fervor de los cristianos viejos.

Por esto, á principios de este año por la 1.ª y 2.ª lu-



EL REY DE COREA. (Pág. 333)

indígena. El P. Fr. Santiago García, que antes estaba en este distrito, fué destinado por los Superiores á la Misión de Ting-chein, en donde al presente se encuentra, por lo que vine yo á sustituirle, á pesar de que estaba todavía muy poco versado en este difícilísimo dialecto de Fogán. Por esto los Superiores dispusieron que por una temporada estuviera conmigo un Padre indígena, el cual me dejó solo desde el momento en que yo pude agenciarme por mí mismo.

Mi primer cuidado al llegar á este pueblo fué proseguir las obras de la nueva escuela de niños que el Padre García había empezado. Como yo deseaba concluir cuanto antes me fuera posible con las obras, y por otra parte no tenía dinero para continuarlas, apelé á las economías, y no tuve más remedio que ir poco á poco ahorrando algunas chapecas cada día, quitándomelo de la escasa y pobre alimentación que tenemos, con el objeto de poder pagar el jornal á los dos oficiales que ha-

na (que es el tiempo en que estos chinos están más desocupados, por lo que no hacen más que dedicarse al juego), se me ocurrió poner escuelas de noche; y en efecto, puse cuatro, una en la iglesia y tres en casas particulares en los puntos del pueblo á los que juzgué podrían asistir mayor número de niños. Pues bien; gracias á esta diligencia, este año han aprendido el rezo y se han confesado por primera vez una multitud de jóvenes, unos pequeños y otros ya de bastante edad, que no lo hubieran hecho si no se me ocurriera esta idea feliz, y además logré quitar la única casa de juego perteneciente á cristianos que había en este pueblo. Sea Dios bendito y alabado. Por el mismo tiempo tomé á otros cuatro catequistas para que fueran á enseñar el rezo y la doctrina en los pueblos inmediatos, en donde recogí también abundante cosecha al hacer la administración anual. Yo por mi parte haré lo que pueda para tomar todos los catequistas que permitan mis pobres recursos pecunia-



rios, y á este fin he de ordenar principalmente todas las economías que en todo misionero de Fogán son necesarias; porque estoy persuadido que lo que hace aquí gran falta es, que haya muchos y buenos maestros para educar á la juventud, y más personal de Padres misioneros. Si esto hubiera, ciertamente que se sacaría muchísimo fruto y se daría empuje á estas casi estacionarias Misiones. Sabido es por todos cuán difícil es la conversión del chino á nuestra santa fe, atendido su carácter altivo y soberbio, su avaricia insaciable, su apego á los bienes materiales, y su fanático tradicionalismo en conservar las ridículas prácticas y supersticiones de sus abuelos, con otros muchos obstáculos con que los tiene amarrados el diablo; y á todos estos obstáculos y dificultades se agrega la gran falta que hay aquí de misioneros y de recursos pecuniarios para tomar catequistas, que han de recibir su jornal porque todos son muy pobres.

Pero ¿qué hacer? Necesidades hay en muchas partes; y las de nuestra provincia aumentan cada día. Yo sé y comprendo perfectamente todo esto, y por ello no me atrevo á pedir nada, y si solamente me limito á exponer fielmente el estado y necesidad en que estamos.

Por esto me hago la cuenta de que si no puedo tomar cuatro catequistas para que me eduquen á los niños, tomaré dos, y en lo demás Dios cuidará. Tengo ahora el gusto de participar á V. R. que el año pasado fui á un pueblo llamado Ngon-a-jong distante de esta residencia unas tres leguas, para hacer la administración en donde nunca se había hecho hasta el año pasado, y me quedé agradablemente sorprendido al ver que, á pesar de que están tan aisladas de la iglesia las cinco ó seis familias que allí hay de cristianos, y con vivir en un pueblo todo gentil, los hallé no obstante muy fervorosos y sencillos y sin mezclarse para nada en las supersticiones de los infieles. En los dos días que permanecí en dicho pueblo tuve el gran consuelo de inscribir á un adulto viejo en el libro de la vida, quiero decir, en el libro de bautismos. Catecúmenos que quieren recibir el bautismo no faltan, y son muchos los que hay en este distrito; pero ¡oh maldita avaricia de los chinos! casi todos esperan hacerse cristianos para cuando sean viejos, cuando ya no puedan trabajar y ganarchapecas, ó para cuando vean que pronto les van á comprar un ataúd para dormir hasta el día del juicio. Y todo es porque, si se bautizan siendo jóvenes ó cuando todavía pueden trabajar, han de observar la ley de Dios y de la Iglesia, han de aprender el rezo, venir á Misa y observar los domingos y fiestas de precepto; y claro está, como tienen un corazón tan perdido por la insaciable hambre de felicidad terrena y de chapecas, se les hace muy cuesta arriba el bautizarse, porque siendo cristianos han de practicar las observancias de la Religión. En fin, no ha llegado todavía la hora de la conversión de este esclavizado Imperio, y para que el chino se convierta, es necesario que Dios derrame aquí su gracia no gota á gota, sino á torrentes. Entre tanto nosotros trabajaremos sin descanso, y si por ahora no corresponde el fruto al trabajo, no importa, pues el fruto se ha de coger, y si no lo vemos nosotros lo verán y recogerán los operarios que vengan detrás, que para el caso es lo mismo. Dios Nuestro Señor abra los ojos á

estos infelices, que se creen ser los únicos que los tienen abiertos.

Con mucha alegría leí la nómina de la última Misión, compuesta de dieciocho jóvenes, que el 27 de Mayo arribaron á esas playas de Filipinas.

Supongo que entre tantos no faltará alguno ó algunos que dirijan la proa hacia estas Misiones de Fogán para ayudarnos á compartir con nosotros el muchísimo trabajo que hay en esta viña del Padre de familias. Que no teman al venir á estas Misiones ni se desanimen. Es cierto, sí, que estos chinos dan muchos disgustos y hacen ejercitar la paciencia sobradamente, pero no importa, y esto mismo es lo que les debe de animar; pues á mayor trabajo mayor corona, y al fin y al cabo de algún modo hay que hacer méritos para ir al cielo. Ahí están, sino, esos cinco invictos Mártires hermanos y paisanos nuestros, que nuestro Santísimo Padre León XIII acaba de colocar en los altares; porque trabajaron y padecieron mucho aquí mismo, en estas célebres y benditas montañas de Fogán hasta derramar gloriosamente toda su sangre por El que antes la derramó por ellos; por eso están ahora en el cielo gozando de Dios en compañía de nuestro Padre Santo Domingo, y lucen también delante de los hombres como refulgentes estrellas de primera magnitud en el puro y bello firmamento de la ínclita provincia del Santísimo Rosario.

Que se animen, pues, y no teman, y además que tengan compasión y misericordia de nosotros los Padres misioneros y de estos cristianos; pues si vinieran por lo menos un par de jóvenes más para ayudarnos, á todos nos harían mucha caridad. Por falta de personal sucede, con más frecuencia de lo que era menester, que cuando cae un misionero enfermo, rendido por el mucho trabajo, todos los demás distritos andan trastornados; porque como suele decirse, para vestir á un santo hay que desnudar á otro, y esto con peligro de ponernos todos enfermos, como sucedió el año pasado que caímos á la vez el Padre Vicario, el P. Moreno, el P. Pagés y un servidor, y los otros tres que quedaban tampoco andaban muy sobrados de salud. Ahora hace poco, por la fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo, bajó á esta mi residencia el P. Municha, enfermo de alguna gravedad y hecho un esqueleto: permaneció conmigo cerca de dos semanas, en cuyo tiempo se puso algo mejor, mas no estaba del todo bueno; pero el pobre hombre, como hacía tanta falta en otra parte, se quiso volver; y he aquí que, al llegar á Ke-sen de vuelta para su propio distrito de Ke-toeng, cae otra vez con calenturas y á estas fechas todavía anda no muy bien. El P. Pagés nunca acaba de ponerse del todo bueno. Desde que cayó enfermo en Ke-toeng, en donde por lo regular se ponen enfermos todos los Padres que administran aquel difícil y extenso distrito, ha valido muy poca cosa.

El P. Marin, con su estómago tan delicado, tampoco está para muchos embites. El P. Vila, por más que él diga que está bueno, lo cierto es que no tiene más que los huesos y la piel, y yo no sé cómo puede resistir. Finalmente, el P. Moreno, por ahora está bueno de salud; pero tiene tantos negocios entre manos, y sobre todo está tan ocupadísimo con el fastidioso, triste y trascendental negocio de la iglesia de Mouc-jong, que no puede dedicarse al ministerio con el desahogo que él quisiera.



De modo que ya ve V. R. si hay falta de personal en todos sentidos.

Ahora le voy á decir dos palabras á V. R. sobre la iglesia de Mouc-jong.

El Rdo. P. Moreno, que es el que cuida de ese asunto, después de mucho trabajo é innumerables y serios disgustos, ha podido comprar dos grandes casas para edificar la iglesia que el año 1887 redujeron á cenizas juntamente con las de la villa de Fogán, la de Ngie-tong y la de Sou-jong estos bárbaros gentiles. En dichas casas ha conseguido por de pronto poner residencia: pero los gentiles del pueblo de Mouc-jong no lo miran con buenos ojos, y quieren armar camorra; porque «á río revuelto ganancia de granujas chinos,» que no quieren más que chupar ó robar chapecas al prójimo. Amenazan con que van á matar al misionero y quemar las casas compradas, todo para atemorizar al Padre y á los cristianos, y para levantar la plebe y sembrar cizaña contra la Religión y sus ministros entre los gentiles de los otros pueblos.

He oído decir que los gentiles de Mouc-jong han consultado la cuestión con un famoso ídolo ó gran diablo que tienen en una pagoda de su pueblo; y este diablo les contestó «que no se metieran en camorras y cuestiones, y que dejaran en paz á los cristianos;» pero ni por esas; como esta respuesta no está conforme con su soberbia y con el odio que tienen á los cristianos, ni menos todavía con el hambre que tienen de chapecas ajenas, ni siquiera á su padre el diablo quieren obedecer. En fin, hacen esfuerzos titánicos para que no se levante la iglesia que ellos mismos quemaron. Y realmente, será muy difícil, á lo menos por ahora, el que se pueda levantar dicha iglesia, según están los ánimos tanto de las Autoridades chinas, que jamás guardan justicia, como de la desalmada plebe y turba de rateros holgazanes. De modo que si se consigue edificar la iglesia de Mouc-jong habremos alcanzado un gran triunfo.

Esperamos en Dios que irá disponiendo las cosas según convenga á nuestro mayor bien y al de los cristianos, y no abandonará á esta atribulada y célebre Misión de Fogán, en donde tanto trabajaron nuestros hermanos y Padres antiguos, y en donde derramaron tan generosamente su sangre por la fe de Jesucristo los ínclitos mártires Venerable Sanz y sus cuatro compañeros que poco ha han sido beatificados por el gran Pontífice León XIII.

## INDOSTÁN

### *Particularidades de la India*

El Rdo. P. Fr. Ubaldo María, carmelita descalzo, escribe desde Quilón el 1.º de Junio de 1894:

Como supongo á Vds. deseosos de saber mis impresiones al llegar á la India, y cumpliendo su encargo de darles algunas noticias de estas Misiones, voy á decirles algo, aunque tarde veintisiete días en llegar esta carta á sus manos.

Grande era mi alegría el día que desembarqué en Bombay, especialmente cuando, recorriendo edificios, encontraba en el frontispicio de no pocos el escudo del

Carmen Descalzo, debido al celo de nuestros Padres, que, por espacio de dos siglos, han trabajado en la Misión de Bombay (hoy de los Jesuitas), convirtiéndola de un campo lleno de abrojos y espinas, en un florido jardín cuajado de flores y frutos, y donde han quedado los restos de quince Obispos carmelitas.

Muchas excentricidades tuve que contemplar en Bombay, debidas todas á las extravagancias de estos ingleses y fanatismo del pueblo indo; como por ejemplo, la torre del Silencio, donde se exponen los cadáveres á ser comidos de los cuervos, que abundan más que ahí los gorriones; el hospital de animales inválidos, donde toda clase de bichos, cojos, ciegos, viejos, todo se medicina, ¡tal vez con más solicitud que en no pocos hospitales europeos! las pagodas, donde van á beber la orina de vaca y se agrupan como en la taquilla de una plaza de toros y por turno; ¡qué espectáculo! las originalidades de estos hombres prestan materia para un libro.

Después pasé á Mangalore, Misión carmelitana por espacio de dos siglos (hoy de los Jesuitas): la ciudad cuenta unas 20,000 almas; el tipo, su topografía es sorprendente; consiste en un oscuro y espeso bosque, de tres millas de radio, y donde, aunque quiera, no puede penetrar el sol: es muy húmedo; allí vi una Comunidad de Carmelitas Descalzas, francesas, de clausura: hay otras varias de enseñanza, Terciarias Carmelitas, pero indígenas.

Después pasé á Cananore, Calicut y Alleppy; estas tres ciudades ofrecen el mismo aspecto y cualidades de Mangalore. Quilón es una ciudad de unas 20,000 almas y de unas tres millas cuadradas; el tipo es como el de todas las ciudades indias; un espeso bosque con algunas casas diseminadas, todas pequeñas, de planta baja y cubiertas de hojas; más que casas parecen barracas de guardar hortalizas; antihigiénicas, porque todos viven en una misma habitación, padres, madres, hijos é hijas; todos como en hacinado costal, pues no conocen ni el pudor, ni la moral, ni la higiene, nada. Sus trajes y sus costumbres son dos páginas curiosas: quien viste con todos los colores del iris; quien lleva el traje de Adán y el cuerpo rayado; quien tiene las orejas atestadas de aretes, las muñecas, brazos, piernas, pies, cuello, todo lleno de anillos, hasta en la nariz; ¡qué espectáculo! el cabello es gracioso: unos todo erizado; otros todo afeitado; otros como las mujeres; otros una soguita sólo; otros media cabeza afeitada y la otra media con pelo. Religiones tienen más que días el año: el toro, el cocodrilo, el elefante, la simia, el caballo, la serpiente, todo son dioses para ellos; bosques sagrados, árboles sagrados, todo lleno de pagodas, mezquitas, templos cismáticos, protestantes, cada herejía su templo: esto es un Carnaval perpetuo; pero si hay alguien con prestigio y respetado de todos, es el misionero católico, podemos dormir con puertas abiertas. La India tiene 287 millones de habitantes, y sólo millón y medio son católicos: nuestra Misión de Quilón, que es nueva, tiene 84,000 cristianos. Una cosa hay admirable y sorprendente, y es el bosque; el interior mete miedo: como lo hizo el Señor, así está; lleno de fieras; el tigre, la simia y el elefante nos comen todos los frutos de la Misión, allí donde hay huerto.



## MARRUECOS

*Estado satisfactorio de la colonia cristiana de Mogador.—Su devoción á la Santísima Virgen*

Desde Mogador escriben al reverendo Padre Director del Eco Franciscano el 1.º de Junio de 1894:

DÍCESE con bastante frecuencia que los cristianos que vienen á Marruecos son gente mala y la hez del pueblo, y que si alguna familia acomodada hay suele ser algún comerciante que á través de engaños y de trampas ha conseguido hacerse rico, y que en todo piensa menos en ser buen católico. No sé hasta qué punto podrá ser esto verdad tratándose de los católicos de las demás poblaciones de la costa, aunque siempre se exagera mucho. Mas tratándose de los católicos que actualmente componen la colonia cristiana de Mogador, me debo á la verdad, y tengo que decir lo que es verdad. Son todos ellos honradísimas personas que, ó ejercen algún cargo público por comisión de sus respectivos Gobiernos, ó ocupan en la sociedad una posición brillante que se granjearon con su trabajo, aprovechando lícitamente las pocas ó muchas ventajas que en tiempos más bonancibles para el comercio que los de ahora, les ofrecía el país. Por lo demás, en estos católicos, al par de su ventajosa posición y su honradez corren su bondad y su espíritu eminentemente religioso. Si ocurre una necesidad entre los mismos, todos se unen en seguida para socorrerla, llenos de caridad; si alguno está enfermo, todos han de visitarle; cuando alguno fallece, la familia del finado pasa una circular por todas las casas de los católicos, y ni uno solo falta que no acuda á su entierro. Lejos de los católicos solares en que nacieron, cifran sus mayores complacencias en tener y practicar la Religión de sus padres, y juzgan y con razón, que la Religión es la única que puede endulzarles su existencia en medio de estas gentes bárbaras. En los tres meses que aquí llevo, he tenido ocasión de observar que la generalidad de las personas se confiesan mensualmente; varias de ellas lo verifican cada ocho días, y á algunas he visto también que se acercan á la Sagrada Mesa dos ó tres veces en la semana.

Pero nada revela tanto el espíritu de este pueblo eminentemente religioso, como su acendrada devoción hacia la Madre del tierno amor. He asistido día por día con ellos á los piadosos ejercicios tenidos en esta iglesia con motivo del mes de Mayo; y á no haberlo visto, me pareciera increíble que en medio de tantos bárbaros y rodeados por todas partes de enemigos de la cruz, pudiesen las almas cristianas aspirar tanta fragancia de piedad y de devoción, ni más ni menos que si se hallasen en la población más católica y religiosa del mundo. Aquí no ha faltado nada de cuanto en este dichoso mes suele embriagar de consuelos al verdadero creyente, y embelesar en toda suerte de aspiraciones santas al verdadero devoto de María. Daba principio el ejercicio con el rezo del Santo Rosario. A continuación se leía la oración preparatoria, terminada la cual subían algunas niñas vestidas completamente de blanco, símbolo de su pureza angelical, á postrarse ante el altar de María para ofrecerle sus corazones juntamente con

el manojito de flores que llevaban en su derecha y depositaban á sus pies cantando todas á una: *Venid y vamos todas*, etc. Luego leíase un punto de meditación con el título de *Reflexiones de la Santísima Virgen á las almas que vienen á visitarla*, el cual versaba sobre alguna de las verdades eternas, fin del hombre, vanidad del mundo, Confesión, Comunión, etc. Después, entonaban los Religiosos algún devoto motete alusivo á la Santísima Virgen, algún himno ó alguna *Salve* acompañados de un coro de niños cuyas argentinas voces llenaban de dulzura el alma. Para concluir, leída la oración final y la de consagración de nosotros mismos á María, volvían á subir de nuevo las mismas niñas al altar, y después de hacer á la Virgen una profunda reverencia, cantaban la despedida de *Adiós, Reina del cielo, Madre del Salvador*, etc., acompañándoles en su canto con el piano, sito en el fondo de la iglesia, la hija del señor Cónsul de España, que es la que acompañó los cantos de todo el mes en obsequio de la Santísima Virgen.

Excuso decir á V. que los ejercicios estuvieron concurridísimos, habiendo días, los festivos particularmente, en que no se cabía en la iglesia á pesar de ser bastante capaz relativamente al número de católicos. Con éstos asistieron también varios protestantes, que pidieron y obtuvieron de los Padres el correspondiente permiso: varias hebreas quisieron asistir también, pero se les negó el permiso. Durante todo el mes no hubo católico que no contribuyese con el óbolo de su gratitud y de su devoción hacia la soberana Madre. Quienes con velas, quienes con flores, quienes con tarros de variadas formas y matices, y quienes con alegorías á la Santísima Virgen, no parecía sino que todo lo más precioso que estos buenos católicos podían haber á las manos, lo venían á depositar gozosos á los pies de la Madre del más puro amor. En todos estos obsequios, y sea dicho de paso, se distinguieron de una manera especial el señor Cónsul de España y su familia.

El día último de Mayo cantóse también la Misa por la mañana, en la cual tuvo lugar la Comunión general con el objeto de ganar la indulgencia plenaria concedida por los Sumos Pontífices á los que practican con devoción los ejercicios de este dichoso mes. Pero no se contentaron con esto los fervorosos católicos de Mogador. Varias de estas señoras siguieron en este día una conducta bien digna por cierto de ser imitada hasta en los pueblos más católicos. Ansiosas de dejar á los pies de la Santísima Virgen una flor que les recordase en todo tiempo los excelentes propósitos que allí al pie de aquel altar habían venido depositando durante todo el mes, resolvieron poner fin á sus devotos obsequios, pidiendo humildemente se les diese el santo escapulario y cordón de nuestro Padre San Francisco. Así se les concedió en efecto, después de la plática de despedida del mes de Mayo, que estuvo también muy devota y arrancó lágrimas de ternura en todos los circunstantes. Cuando el Padre bajó del púlpito le esperaban las buenas señoras, ávidas de cenirse cuanto antes con el sagrado cordón.



## FERNANDO POO

*Bautismo de cuatro indígenas.—Entusiasmo religioso del pueblo*

El Rdo. P. Inocencio Cerezueta, M. H. del Corazón de María, escribe desde Concepción el 14 de Abril de 1894:

**M**i muy amado Padre: Un motivo más de consuelo para la Congregación y para todos aquellos que se interesan por el desarrollo de estas Misiones fernandinas será la relación siguiente: El domingo de Ramos, en la iglesia de la Concepción, en medio de todas las personas que forman este pueblo y de los niños del colegio, tuvo lugar la solemne ceremonia del Sacramento del Bautismo que administramos á cuatro adultos: una niña de catorce años, dos mujeres, una de veinte y otra de sesenta, esta última ciega de nacimiento, con más un hombre de veintiocho años, el cual también se unió en matrimonio con una de las mujeres dichas, celebrando este Sacramento inmediatamente después del bautismo y sin las ceremonias solemnes, por no ser el tiempo á propósito. Era para alabar á Dios ver el recogimiento, atención y piedad que significaban en su exterior, así los agraciados con los Sacramentos como los circunsistentes cuando iban presenciando los ritos y prácticas que la Iglesia prescribe en tales actos.

Ya tenemos, pues, alistados en las banderas de Jesucristo cuatro soldados más, los cuales acrecentarán con sus oraciones, victorias y alabanzas la gloria del Señor. ¿Y cuál no será el júbilo de los Angeles y de toda la Iglesia triunfante contemplando á estas antes pobrecitas y ahora felicísimas almas, despojadas del negro manto de la culpa y adornadas con la estola cándida de la inocencia? ¡Y qué aliento, recompensa y satisfacción para los misioneros, que tanto se han desvelado y hecho tan grandes sacrificios para introducir las poco á poco en el redil del buen Pastor Jesús! ¡Y qué consuelo para los bienhechores de estas

Misiones, que cooperan con sus magníficas dádivas á la consecución de estos triunfos!

He dicho arriba que el entusiasmo religioso del pueblo fué admirable; pero donde más dieron á conocer sus sentimientos de piedad fué en los días de Semana Santa.

El Jueves Santo hubo Comunión general, á la que se acercaron, entre hombres, mujeres y niños, ataviados en el alma con la gracia y en el cuerpo con el mejor traje, unos treinta y seis. Por la tarde se realizó el acto correspondiente en honor de Jesucristo en la Eucaristía, cantándose por remate el himno celestial y patético *Pange lingua*, etc. Aquí los corazones de los bubís no pudieron menos de latir á impulsos del amor al Divino Jesús, según se echaba de ver en sus semblantes y en el silencio profundamente religioso que observaron al salir de la iglesia.

En la mañana del Viernes Santo reunióse á todo el pueblo cristiano en nuestra capilla para conmemorar con el *Via Crucis* la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Verificamos esta práctica procesionalmente imitando el camino del Calvario, pues salimos fuera de casa unos doscientos metros, hasta tocar en una capillita erigida en obsequio de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, entonando á la vuelta el cántico del *Vexilla Regis*... ¡Qué recogimiento tan extraordinario, querido Padre, y qué compasión de las penas de Jesús reinaba en los pechos de estos sencillos bubís, que forma-

ban el lúgubre acompañamiento! Esto lo prueba evidentemente el canto sentimental del «¡Perdón, oh Dios mío!» que entonaban de una estación á otra, y á cuyos lúgubres ecos parecían inclinarse las palmeras y reconcentrarse en sus chozas los infieles que al rededor moraban.

Por la tarde tuvo lugar el acto de la soledad de nuestra celestial Madre, coronándola con el himno del *Stabat Mater*, etc., á dos inflexiones de voz, alternando en cada estrofa. Verdaderamente que en esta función



ARABIA.—Capilla de San Elías en el Sinaí. (Pág. 325)



nuestro pueblo rindió tributo de compasión á la Virgen Santísima, desolada á presencia de los Angeles todos.

Mas luego, al día siguiente, sábado, así como la Iglesia se despoja de su luto, enjuga su llanto y cede la tristeza su lugar á la alegría, solemnizando ya la resurrección de Jesucristo, así también el corazón de estos recientes cristianos se dilató por el gozo que manifestaron públicamente con sus acentos de *alleluia*, que levantaban hasta el cielo, acompañados de estrepitosas descargas de fusil y muchas bombas.

Pero llegó á su colmo tal emoción cuando al día siguiente solemnizamos la festividad, primero con una Comunión general, en la que los corazones de los bubís, rebosantes de vida y de amor, formaban en torno de Jesús la más hermosa corona; luego después, con una Misa solemne acompañada de un muy dulce acordeón y las voces afinadas de tres ángeles en el alma, que se distinguían entre los demás por la expresión y claridad.

Ahora bien: como salieran enfervorizados del banquete eucarístico y de la solemnidad sagrada, hubieron espontáneamente de romper el silencio en medio de la plaza contigua á la Misión con festivos gritos de *alleluia*. A esto se siguió la descarga por tres veces repetida de dieciocho fusiles, precediendo antes los simulacros y manifestaciones de armas al estilo bubí, con que llamaron nuestra atención y nos tuvieron muy divertidos. Ciertamente que en este día no parecían los bubís, según su naturaleza, apáticos y desmadejados, sino europeos de los más activos, entusiastas y bailarines.

La fiesta quedó felizmente terminada con el acto de la tarde, en que se celebró también la gloriosa Resurrección del Salvador con un breve panegírico predicado por el Rdo. P. Pablo Pardina, y la Antífona *Regina cæli*, etc., cantada con grande devoción y entusiasmo por nuestros colegiales.

## GUATEMALA

### *La fe católica y los aborígenes*

El Rdo. D. Francisco Javier Torres, escribe desde San Juan Sacatepéquez, el mes de Abril próximo pasado:

No fueron infructuosas las empresas laudables de los antiguos misioneros que, con celo apostólico, trabajaron por la difusión de la verdad evangélica en los pueblos hispano-americanos. Como por encanto desaparecieron las falsas divinidades, reemplazadas por el único Dios verdadero; los errores del Paganismo, por las civilizadoras doctrinas del Cristo Redentor de la humanidad, y los repugnantes ídolos de piedra y de barro sirvieron de cimiento sobre el cual levantóse el gran templo de Dios tres veces Santo. Debemos confesarlo: la metamorfosis verificada en dichos pueblos fué, más que obra de los misioneros, un milagro estupendo de la Divina Providencia.

Los aborígenes, gente ruda é ignorante, pero sencilla y de buenos sentimientos, poca resistencia hicieron para abrazar las doctrinas del Evangelio; quizá fueron uminados por un rayo de luz celestial, pues desde la

época de la conquista han venido practicando la augusta Religión del Crucificado, y aunque es verdad que al principio aun no dejaron del todo algunas supersticiones, hoy es un hecho que éstas se han extinguido casi por completo.

Algunos creen y afirman que la fe de los aborígenes es débil, y que practican los actos religiosos de una manera inconsciente. En los pocos días que tengo de estar en este histórico pueblo de San Juan Sacatepéquez, me he formado una opinión contraria. Los indígenas son escrupulosos en el cumplimiento de sus deberes religiosos, morales y sociales; digo sociales también, porque entre ellos se observan determinadas leyes de urbanidad, de las que no pueden prescindir sin grave escándalo de los demás. La Religión no la practican inconscientemente. En efecto: el indígena cree firmemente en la existencia de un Ser Supremo, al cual tributan los homenajes más profundos de amor, obediencia, respeto y adoración. Comprenden que Dios es el manantial fecundo de toda virtud y gracia, y que sin su auxilio poderoso, el hombre no puede progresar. Una prueba: cuando el indígena se encuentra agobiado con alguna tribulación, luego en compañía de sus parientes se reúne en el templo á implorar de Dios el remedio de sus necesidades. Al acercarse el tiempo de las siembras mandan celebrar Misas de rogativa á fin de que Dios les envíe el agua que fecunda los campos. El día que sus hijos se unen con los indisolubles vínculos del sacramento del matrimonio, el padrino dirige una seria exhortación al ahijado, haciéndole ver lo sagrado de aquel acto religioso, los compromisos que ha contraído y las obligaciones que debe cumplir por todo el tiempo de la vida; los compadres se guardan todo respeto y consideración entre sí, ayudándose en sus temporales necesidades. No quiero dejar pasar desapercibido á los tartules (1), que son como altos dignatarios entre los aborígenes, y que exhortan á sus compañeros á la práctica de las virtudes, en particular á la humildad y obediencia, virtudes sin las cuales no puede haber paz, orden y armonía; porque, como dice un contemporáneo escritor, no hay cosa que más dignifique al hombre que la humildad, como que es precisamente la virtud opuesta al vicio que fué causa de su degradación; y como la humildad es el fundamento de la obediencia, como cada vez que obedece el hombre ejerce un acto de humildad, ved ahí como el hombre se eleva y dignifica á medida que es obediente, porque la humildad y la obediencia están en razón directa, marchan unidas, se identifican, lo mismo que se unen inseparablemente la bajeza y el orgullo. Estas bellas cualidades y saludables prácticas de los aborígenes, las hemos notado con particular gusto hasta en las cosas más pequeñas; de manera que por la reciprocidad de ideas, afectos y sentimientos existe entre ellos una sólida y verdadera unión, que es tan útil y necesaria para el bienestar social.

En materia de costumbres, por la bienhechora influencia de la fe cristiana, los aborígenes las conservan casi en toda su pureza, lo que no deja de ser un buen ejemplo para los pueblos que se titulan cultos y civilizados.

(1) Tartul, en la lengua de los indígenas, también significa *guapinol*, fruta silvestre muy apetecida entre ellos.



zados, y no obstante abrigan en su seno los vicios más corruptores y degradantes. La embriaguez en muchos pueblos indígenas está prohibida, como en Nahualá, Santa Catalina Itztahuacán, San Antonio Aguas Calientes (Departamento de Sacatepéquez), etc., etc. Si es cierto que toman de vez en cuando aguardiente ó *chicha* (1), es con moderación, siendo pocos los consuetudinarios.

El concubinato es raro entre los indígenas. Respecto al matrimonio, según la antigua tradición les está prohibido enlazarse con parientes, pues tienen la firme creencia que tales enlaces producen generaciones débiles y raquíticas; quizá por esto gozan de buena constitución y fuerte musculatura.

El progreso católico se desarrollaría con más rapidez entre los indígenas si se tomase todo empeño enseñándoles á leer y escribir, dándoles con frecuencia conferencias sobre moral y Religión; pero como se tropieza con el inconveniente del idioma, ojalá que los señores sacerdotes encargados de la cura de almas, además de aprender con la mayor perfección posible la lengua ó dialecto que se hable en los pueblos de su jurisdicción, procurasen formar un Catecismo compendiado de la doctrina cristiana y un libro especial de oraciones. Este es el mejor elemento á mi humilde juicio para el progreso religioso, moral y social de la clase indígena, como también para el mejor desempeño de las graves obligaciones de los señores Cura párrocos en el ejercicio de su sagrado ministerio.

### CHACO BOREAL (América del Sur)

*Frutos espirituales obtenidos por la Misión franciscana*

El Rdo. P. Fr. Gabriel Grotti, menor observante, viceprefecto de la Misión, el 15 de Septiembre último escribe desde Formosa, capital del Chaco Boreal, al Rdm. P. Luis de Parma, ministro general de la Orden:

**C**UMPLIO con el deber de remitir á V. P. Rma. la relación trienal de lo que los misioneros de esta viceprefectura del Chaco Boreal, en la República Argentina, han reportado á la Religión y á la sociedad.

Ante todo, y sin referirme á los indios esparcidos en el interior del Chaco, entre los ríos Teneo y Pilcomayo, cuyo número no podría precisar, pero que no bajarán tal vez de 8 á 9,000, me referiré solamente á las colonias de esta gobernación, que son las siguientes: Capital, Formosa, la que con sus alrededores forma una población de 3,000 habitantes; de ésta siguen las demás colonias de mayor ó menor distancia, que son: C. Buovier, Dalmacia, Villa-Emilia, Monteagudo, San Hilario, Aquino, Barradero y Pilcomayo, con una población aproximada, comprendida la de la capital, de 5,080 civilizados y europeos, á cuya cifra añadiendo 2,000 indios paganos que están al servicio de dichas colonias, forma un total de población de 7,080 personas, atendidas en lo espiritual por los Misioneros Franciscanos.

Me permito antes de dar á V. P. Rma. las razones

(1) Es una bebida fermentada compuesta de jocote, azúcar negro y otros ingredientes.

porque no hay mayor número de bautismos de indios, presentar la siguiente estadística de los bienes espirituales del último trienio:

Bautismos: 386 de cristianos, 4 de protestantes, y 31 de indios.—Confirmaciones: 725 de cristianos y 18 de indios.—Matrimonios: 35 de cristianos y 2 de indios.—Confesiones: 2,488.—Comuniones: 2,165.—Primeras Comuniones: 148.—Viáticos: 16.—Extremaunciones: 35.

Hay un obstáculo serio, Rmo. Padre, para que á los indios ó paganos no se les pueda administrar el bautismo como quisiéramos, y los neófitos lo piden, y es que después de haber sido estos infelices dueños absolutos y naturales de las inmensas regiones que forman el Gran Chaco, el Gobierno general de la nación Argentina vendió todos sus territorios á empresas particulares para colonizarlas, perdiendo de vista á sus dueños y primitivos habitantes, sin reservarles un palmo de tierra para pisarlo, aunque no tienen lugar ó residencia fija, y se ven obligados á ir errantes de un lugar á otro para encontrar trabajo y alimentarse con sus familias. No teniendo un lugar fijo en que el misionero á la par que catequizarlos y bautizarlos, pueda instruirlos y hacerlos prácticos en nuestra Santa Religión, creemos peligroso administrarles el Santo Bautismo, pues no pocas veces se ven obligados á refugiarse en los bosques, y por lo tanto si los bautizáramos, quedarían indios como antes, aunque bautizados. Dios quiera que la voz de nuestro Comisario general sea escuchada ante el Gobierno de esta nación, para conseguir terreno y consolidar nuestras Misiones.

Los frutos conseguidos en este trienio darán á vuestra P. Rma., una idea de que el misionero franciscano no abandona su ministerio en estas colonias, heterogéneas de suyo por la variada diferencia de creencias y de sectas; y eso lo consigue mediante la escuela, la predicación catequística y asidua, principalmente en las mayores solemnidades, como en los novenarios y el mes consagrado á María Santísima, la Cuaresma y Semana Santa, en cuales tiempos se predicán con más empeño los sermones catequísticos y morales, sacando frutos abundantes á gloria de Dios y salvación de las almas.

### FILIPINAS

*Los mayoyaos y la raza ifúgao*

De unos preciosos apuntes para un estudio publicados por el M. R. P. Fr. Buenaventura Campa, dominico, misionero de Echagüe, tomamos lo siguiente, que por su importancia é interés llamará sobremedida la atención de nuestros lectores.

#### I.

**A**UNQUE algunos escritores los hacen descender del Japón, y otros de la China, fiados en algunos rasgos de su fisonomía y en ciertas reminiscencias de escaso valor científico, su lenguaje, sus creencias religiosas, sus tradiciones y su manera de ser arguyen identidad absoluta con la raza general que puebla el Archipiélago: las diferencias que se notan, accidentales todas, resultado son del tiempo que las crea, del lugar que las modifica, y otros agentes naturales que influyen po-



derosamente en la naturaleza física del hombre. Las cualidades características de la raza *malaya* hallanse aquí bien definidas; no obstante las alteraciones propias ó matices especiales que nacen siempre y se perpetúan más ó menos en virtud del clima, de las condiciones geográficas del terreno, de los alimentos, grados de cultura y género de vida en que los *ifugaos* viven, crecen y se desarrollan. Si consultamos sus tradiciones nos responderán á una, ancianos y jóvenes, que allá en tiempos antiguos las aguas cubrieron todas aquellas montañas, salvándose sólo en la cima del monte *amuyao* los progenitores de los *mayoyaos*; que después de retirarse las aguas bajáronse de allí los que se salvaron; y como tenían mucha hambre se establecieron en el primer sitio que encontraron, aunque malo y escabroso, para sembrar arroz y camote, creyendo que toda la tierra eran montes sin llanura alguna. Y de aquí el llamarse ellos *mayoyaos*, ó sea descendientes ó procedentes del *amuyao*. Esta creencia diluviana está tan arraigada en la tradición de esta tribu, que grandes y pequeños la cuentan con tal naturalidad y convencimiento como si hubiera acaecido en sus días (1).

Si bien entre los *mayoyaos* hay tipos bien formados y de viril musculatura, la generalidad son de constitu-

(1) Sacada de un voluminoso M. S. sobre *ifugaos* que se conserva en el archivo de Santo Domingo, encuentro esta nota entre mis apuntes, relativa á la misma tradición. Primera parte, capítulo 1.º, dice:

«Entre los muchos montes que se descubren (en el territorio de los *igorrotos*), el más elevado está en el interior, á quien llaman *Polá* ó *Polac*, y se ve en días claros desde *Dúpax*. (Era donde escribía el autor)... Su grande elevación ha dado fundamento á estos infieles á su fábula, según ellos cuentan, de haberse inundado antiguamente con un diluvio toda esta tierra, y que sólo un hombre y una mujer pudieron librarse subiendo á su cumbre; y de ellos descienden todos los *igorrotos*. Esto es creído entre ellos como una tradición de sus mayores, y así están muy lejos de creerse descendientes de chinos.» Como se ve, ya en el siglo pasado, fecha del M. S., rebatía el Padre misionero que lo escribió la idea infundada de la descendencia sinica de los *ifugaos* ó sean *igorrotos*.



AFRICA ORIENTAL.— En el río (sicomoro y cascada). (Pág. 323)

chos años atrás carecen de lo uno y de lo otro, siéndoles forzoso andar dos días de camino para hallarse en los sitios donde puedan encontrar la caza. Reúnense para ello quince ó veinte, con uno ó dos perros á lo sumo entre todos: llevan arroz para cinco ó seis días, debiendo llevar para mucho más tiempo que siempre tardan en volver: rara vez, y esto después de muchos sudores y fatigas, consiguen coger un venado, que repartido entre todos bien pronto lo consumen; duermen á la intemperie sobre la dura tierra, al lado de cuatro leños mal encendidos, y yo los he visto pasarse toda una noche de lluvia sentados y cobijados cada cual debajo de su rodela por no haberse tomado la molestia de levantar un cobertizo para guarecerse. Y como estas correrías y otras semejantes son las ocupaciones ordinarias en que los varones consumen la mayor parte de la vida, cansados, hambrientos y estropeados, claro es que han de influir no poco en sus condiciones orgánicas, y que con tales bases no pueden formarse ni generaciones robustas ni hombres corpulentos. Menos mal si en sus casas tuvieran alimentos proporcionados para reparar las pérdidas de sus fuerzas vitales; pero tan lejos de esto, causa admiración verlos satisfechos con arroz y camo-

ción mediana, abundando los endeble más de lo que debiera suponerse en habitantes de país montañoso, cuyas condiciones climatológicas y físicas tanto se prestan al desarrollo y robustez del sistema muscular. Los vientos puros que reinan en aquellas alturas, la frescura y limpieza de sus aguas, el ejercicio en bajar y subir montes y barrancos, son elementos sin duda favorables al ensanche y fortaleza de los miembros; y si estas cualidades no corresponden á lo que pudiera esperarse de las causas indicadas, débese probablemente á la carencia de alimentos sólidos, y más bien al abuso que hacen de las fuerzas naturales en sus excursiones, penosas por lo regular, y trabajos duros á que con frecuencia se someten. Si en épocas anteriores tenían abundancia de caza, y no les escaseaban los animales domésticos que, robados ó comprados, sacaban de los pueblos cristianos para su alimento, hoy y de mu-



te, sin aditamento alguno, por lo general, de carne ni de pescado, ni siquiera de sal en su inmensa mayoría. Porque también en sus ríos escasea por demás el pescado: si llegan á ver alguno no paran hasta que lo cazan, siendo capaces de estarse medio día en tan divertida faena. El tiempo para ellos no tiene valor, ni los apura nada ni nadie, ni hay quien les obligue á hacer sino aquello que salga de su libérrima voluntad.

Las mujeres, por el contrario, son fuertes, membrudas y de abultados contornos; y sabido es que la mujer lleva el peso de las faenas caseras, y la mayor parte de las ordinarias del campo.

No se ven entre los *mayoyaos* ni ciegos, ni cojos ó tullidos, mancos, ni jorobados, ni con alguno de estos defectos notables de la naturaleza, que desfiguran al hombre ó le impiden dedicarse á los trabajos usuales y propios de su posición y del país en que vive. Si damos crédito á antiguas relaciones de experimentados misioneros, todos los que nacen con algún defecto ó deformidad de las indicadas, son muertos ó abandonados por sus padres; por considerarlos por inútiles y como una carga pesada, en lugar de servirles á ellos de báculo y alivio de su vejez.

Tampoco tienen templos, ni altares, ni sacerdotes, ni sitio alguno determinado para rendir culto á los seres suprasensibles. Toda su religión se reduce á supersticiones más ó menos groseras, ejecutadas por viejos ó viejas que han sabido conquistarse el nombre de agoreros y la fama de tener relaciones íntimas con los espíritus. En todas las circunstancias que revisten alguna gravedad recurren siempre á esos *aniteros*, como á depositarios é intérpretes del porvenir, ó intercesores valiosos ante los poderes invisibles que rigen las cosas humanas y los acontecimientos del tiempo. En las epidemias y calamidades públicas, en sus guerras ó venganzas para castigar enemigos, antes de empezar la siembra del arroz, al comenzar éste á florecer y espigar, cuando ya la cosecha está en disposición de ser recogida, en sus casamientos, en sus enfermedades, en sus defunciones...; de todo hacen misterio, para todo ofrecen sacrificios y ha de correr la sangre de víctimas propiciatorias, sea para aplacar la cólera de lo alto, sea para inclinar á su favor el buen éxito de los sucesos. Aparte de

su ignorancia y de los extravíos de su razón, comunes ambas cosas á todos los pueblos donde las enseñanzas del Catolicismo no han disipado de la inteligencia humana las tinieblas amontonadas á su alrededor en la sucesión de los siglos, hay en el fondo de estas supersticiones de los *mayoyaos* la creencia en un Ser providente que interviene y gobierna las cosas, sin la ayuda y asistencia del cual el hombre nada puede, nada es, y nada significa; descúbrese bien de manifiesto aquella tradición que ha venido flotando á través de las edades, desde los primeros días aciagos de la humanidad, acerca de la virtud reparadora de la sangre derramada en holocausto, como símbolo, representación y figura de la que Dios hecho hombre había de derramar por la salvación del mundo.

Pero aun hay más, no menos importante y fundamental. Creen que ciertos crímenes y delitos, entre



AFRICA ORIENTAL.—Cascada al pie del Kilima-Ndjaru. (Pág. 324)



ellos quitar la vida á uno sin grave motivo faltando á las paces solemnemente asentadas, hay necesidad de vengarlos aquí en la tierra, no de otra manera que ojo por ojo y diente por diente, so pena de exponerse unos y otros (1) á sufrir pestes, pérdidas de cosechas y otras calamidades en castigo de tales culpas. Solidarias las partes contratantes en virtud de los juramentos, imprecaciones y sacrificios á la Divinidad, á la que hacen intervenir siempre en semejantes pactos, si éstos no se observan con todo respeto, ó si la injuria no se repara inmediata y condignamente, sobre todas vendrán las venganzas del cielo, puesto que pública, común y solidaria es la responsabilidad contraída. Por donde se ve que distinguen con toda claridad los delitos sociales y públicos de los privados y personales: éstos, que encuentran su reparación ultratumba; y aquéllos, que deben expiarse irremisiblemente en el espacio y en el tiempo, que son el límite y la medida de las sociedades humanas.

El cabello, recto, liso y de color castaño subido, como el de todas las variedades de la raza *malaya*, ni lo dejan crecer libremente á estilo de los *ilongotes*, ni lo cortan tampoco á manera de los *gaddanes*: los *ifugaos* lo recortan por igual al rededor de toda la cabeza en forma de cerquillo; cuando los *gaddanes* lo usan cortado solamente por delante hasta la altura de las orejas, dejándolo crecer en la parte posterior, que recogen después en forma de moño (2).

Su vestido se reduce al histórico y tradicional *bajaque*, traje muy conocido, cómodo, y barato sobre todo: constitúyelo una faja, no muy ancha, un palmo próximamente, y de suficiente longitud para dar una ó más vueltas al rededor del cuerpo; de tela azul ó de corteza de árbol, según la posibilidad de cada uno. Los más pudientes lo usan de color vario, pero siempre oscuro, con flecos y otros adornos que suponen algún arte en las mujeres que los confeccionan; arte, sin embargo, elemental y burdo, como el de todas las civilizaciones embrionarias. La mujer va cubierta desde la cintura hasta las rodillas con un pedazo de tela, puesta al natural, de una braza de largo para rodear vez y media el cuerpo: otro pedazo igual, atadas las puntas al cuello, le sirve ordinariamente de abrigo de hombros abajo (3).

(1) Los unos por haber faltado á lo religiosamente convenido, y los otros por no haber castigado la falta.

(2) Los *negritos* acostumbran (no todos) hacerse una corona idéntica á la que usa el clero secular. Sería curioso averiguar, si se pudiera, la razón ó causa de estos distintivos diferenciales. Ni unos ni otros, *ifugaos* y *negritos*, *gaddanes* ó *ilongotes*, dan otra explicación que la de ser costumbre recibida de sus antepasados.

(3) Acerca de la primera materia de que se sirven estos infieles para confeccionar las telas que algunos usan, dice el M. S. citado lo siguiente: «Esta falta (del algodón) la suplen... con un arbusto que ellos plantan, muy parecido al lino, que los indios de la Misión llaman *aramar*: su hilo es muy fuerte y muy bueno para anzuelos, redes y cordelillos que aguantan mucho tiempo en el agua. Bien se puede llamar en castellano el arbusto del hilo. Crece poco más de una vara; y ya crecido se cortan las varillas delgadas y derechos, y vuelve á retoñar la raíz todos los años... y en cualquiera tierra fresca se da. Las varillas tienen su cañita interior, blanca, lisa y ligera como las de lino; y lo mismo la corteza exterior, llena de fibras ó hilitos delgados, fuertes y largos. Yo probé á poner en remojo estas varillas unos días en el agua del río,

Todos comen con cuchara y fuman en pipa: ésta entre *mayoyaos* y *quianganos* suele ser de metal; y de barro cocido entre *silipanes* y *bungianes*, por ser más pobres y menos industrioses; aquélla de madera bien labrada, de dimensiones algo más que regulares, y á veces por mango una figura humana, ridícula y toscamente hecha, con reminiscencias indostánicas.

Adórnanse el cuello con collares de conchas ó sartas de grandes cuentas de cristal ó de loza; aunque estos dijes no son muy usados, por el valor que representan y la dificultad de adquirirlos de los puntos donde se fabrican. Tampoco abusan del *tatuage*, siendo raros los que se pintan la piel, en los brazos, pecho y espalda, con figuras de murciélagos, caimanes, lagartijas ú otros signos caprichosos; y aun esto es más frecuente verlo en las mujeres que en los hombres.

Padecen muchos de una afección cutánea y contagiosa, especie de herpes, que se extiende por todo el cuerpo y levanta la epidermis en escamas blancas y secas de aspecto repugnante; enfermedad que adquieren, según cuentan, por dormir sobre la ceniza caliente ó al contacto del fuego, como acostumbran siempre cuando tienen frío. Es común esta enfermedad á todas las razas y tribus de estos territorios, y hasta entre los cristianos de los pueblos se ven no pocos ejemplares.

Sus armas ofensivas y de defensa son la lanza y el *bolo* ó machete, que fabrican en las rancherías con improbo trabajo, sin otras herramientas para ello que dos piedras por yunque y martillo, y un tronco de árbol por fuelle de fragua. No saben manejar el arco y la flecha, como los *negritos* ó *ilongotes*; y por lo tanto ni usan ni fabrican esta clase de armas, las más terribles después de las de fuego, por su precisión y alcance.

El dialecto peculiar que usan los *mayoyaos*, pobre en palabras y bastante confuso en la pronunciación, como que nadie le ha cultivado, viene á ser una mezcla corrompida de los que se hablan en Luzón, con no pocos términos propios cuya analogía ó procedencia sería

y vi que salta bien la operación, como se hace con el lino y cáñamo; pero los infieles, sin remojarlas, las descortezan haciendo tiras, y después van pasándolas entre los dedos de la mano y una navajita para quitarles lo más exterior que no sirve. Puestas al sol para blanquearlas un poco, las tuercen después, haciendo de dos hebras un hilo bastante grueso sin más instrumentos que el movimiento de la palma de la mano encima del muslo. De este modo sacan un torzal muy basto, pero fuerte; lo tejen al modo indial sin telar, y sacan unas piezas de dos palmos de ancho por cuatro varas de largo que les suelen servir ordinariamente de mantas, ceñidores y enaguas... Podría ser de mucha utilidad este arbusto si se multiplicase en las islas. También lo hay en Cagayán y en Batanes. Un misionero dominico recién venido de allá lo ha reconocido, y asegura que es el mismo que hay en Batanes y China, y de él se hacen los lienzos tan finos y fuertes de China y Batanes. Yo envié una pieza de éstas, hecha por los infieles, á la Sociedad de Manila, y alabaron su fortaleza como la del lienzo basto de España.» Hasta aquí el mencionado M. S., parte 1.ª, capítulo 4.º. Es innegable que esta planta sería de importancia suma para el país si se cultivase en grande escala; pues, dadas sus excelentes condiciones, la industria y el comercio sacarían de ella todo el partido de que es susceptible, por la extraordinaria resistencia y finura de sus fibras, por el poco trabajo que relativamente á otros productos similares exige su cultivo y beneficio, y por la propiedad no despreciable de darse en toda clase de terrenos, como puede verse por estos pueblos.



fácil averiguar al que se dedicara á esta clase de estudios con suficientes conocimientos de las lenguas filipinas y de la filología comparada. Su composición gramatical es igual á la de los restantes dialectos conocidos del país, aproximándose en mi opinión más al *gaddan* que á otro alguno tanto en la estructura como en su terminología. Probablemente esta particularidad tenga su origen y causa racional en la vecindad de ambas razas desde tiempos más ó menos remotos, pero desconocidos hoy para la historia, y en el comercio mutuo y cambio de impresiones é ideas que resulta siempre en mayor ó menor escala de la aproximación geográfica de los pueblos. Los *silipanes* tienen el mismo lenguaje con alguna variedad en el tono, y en la pronunciación no tan atildada; y sospecho que el de los *quiangan* sea igual terminológica y gramaticalmente, con las variantes que son de suponer en tribus distantes y casi aisladas entre sí durante generaciones y siglos, máxime no teniendo escritura alguna para perpetuar el significado de las palabras.

Ocupa la tribu del *Mayoyao* la vertiente S. E. del monte *Amuyao*, el más alto quizás de la cordillera central, y creo también que de la cordillera madre en toda la extensión que se domina desde el valle Cagayan, al O. de la provincia de Isabel, y N. O. del pueblo de Echagüe. Tiene al S. y O. la tribu de *silipán*, bastante cerca, pues sólo la separa un monte que á pie se puede salvar en medio día: al O. algo más lejos, el partido y rancherías del *Quiangan*: al N. la raza *gaddan* y Valle del *Saltan*, hoy comandancia de Itaves; y al E. la tribu del *bunguan*, á medio día también de camino.

## EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

### XVI.—En la montaña: Kilema

**E**STAMOS á 14 de Agosto. Hace mucho tiempo que el Ilmo. Courmont deseaba llegar al pie de la montaña el día 15, para que se celebrase la primera Misa en el Kilima-Ndjaro el día dedicado á honrar la Asunción de la Santísima Virgen.

Atravesamos, pues, el río por un vado de piedras negras y resbaladizas, en que más de un bagajero toma uno de esos baños higiénicos, aunque involuntarios, tan recomendados por la hidroterapia moderna.

A la parte opuesta del río hay también plataneros, y cuando cesan los cultivos ocupa su lugar un resto de bosque sin belleza. El agua salta por doquiera, formando con frecuencia riachuelos y pantanos profundos, en cuyas orillas se levantan *raphias* soberbias: empero muchas de estas palmeras, cuyas hojas alcanzan diez metros y más de longitud, son devastadas por los indígenas, que utilizan sus nervios.

A lo mejor hallamos un mal paso: es una especie de río sin curso marcado, profundo y lodoso, que hay que atravesar por medio de troncos de árboles puestos de través y resbaladizos como mástiles de cucaña. ¡Qué ejercicio, especialmente cuando, como nuestros bagajeros, se lle-

va una carga de treinta kilos! Nos descalzamos, frotamos los pies y las manos en la arena, y gateando pasamos felizmente á la orilla opuesta.

A pocos pasos termina el bosque y empieza el desierto con su sol de fuego, su suelo ingrato y duro, sus hierbas finas, su color gris, sus escasos y mezquinos árboles de hojas tostadas, sus euforbios y extrañas asclepiadeas, sus acacias espinosas y su repulsivo aspecto. Tres cosas, sin embargo, recrean la vista: el Dyipé á izquierda, el Kibo al frente, y por último, después de una carrera inútil contra un rebaño de antílopes, la aparición súbita de un riachuelo que corre á la sombra de doble hilera de árboles corpulentos y siempre verdes. Acampamos á las once y media.

El agua que aquí saboreamos es del Kilima-Ndjaro: estamos ya en la célebre montaña.

Hoy, 15 de Agosto, mientras que la Iglesia católica en las diversas partes del mundo ensalza á la Inmaculada Virgen, sus misioneros en las avanzadas de la civilización rogamos con ella, y al pie de esta grande maravilla que nos domina, unimos nuestra voz á la de nuestros hermanos dispersos: *Venite, adoremus Regem Regum cujus hodie ad æthereum Virgo Mater assumpta est cælum!*

Este río es muy interesante. Acampamos junto á un viejo sicomoro, y no lejos de una cascada, cuya presencia adivinamos pronto por el ruido que llega hasta nosotros. (V. pág. 320).

Aunque es algo caudaloso en este lugar, piérdese más lejos en la lava y desaparece poco á poco. Vagan por los alrededores rebaños de antílopes. Cansado de perseguirlos, vuelvo con algunos de mis hombres al lecho profundo y seco del torrente, donde topamos de manos á boca con una familia de búfalos, que descansaba á la sombra. Pasado este primer peligro, buscamos con afán los insectos que abundan bajo la corteza de los árboles caídos. En medio de las hierbas verdes se destaca un palo negro: alargo la mano para cogerlo, y súbitamente este tallo se yergue como movido por un resorte, silba y se hincha: ¡es un áspid, el temible áspid de Cleopatra! He corrido evidente peligro de morir como esta mujer célebre. Tras un momento de estupor de su parte y la mía, el hombre y el reptil recobran su posición respectiva; pero cuando vuelvo á la carga provisto esta vez de un palo, el áspid se había marchado.

En la mañana del 16 de Mayo, después de atravesar un caudaloso río, llamado de Kilema, tomamos decididamente á nuestra derecha el camino de la montaña, el camino de Tchaga, pues tal es el nombre con que se designa la parte meridional del Kilima-Ndjaro.

Dejando diversos distritos con magníficos bosques y grandes cultivos, subimos poco á poco las primeras es- tribuciones de la montaña, muy fértiles, pero habitadas únicamente por rebaños de búfalos y de elefantes.

Henos á la puerta de Kilema.

Es una especie de construcción de maderos superpuestos y unidos, dejando abajo un hueco angosto que se cierra con piezas movibles. Daringo, uno de nuestros



bagajeros, originario de este país, hace un disparo, y al momento acude un centinela, á quien da á conocer nuestros títulos y calidad.

Detrás de la puerta, que cierran apenas hemos pasado, hay un largo sendero que serpentea entre doble hilera de malezas.

Mientras descansamos algunos minutos, cambiamos alegres saludos con los indígenas vecinos, y luego subimos por un camino pedregoso: el aire es cada vez más fresco, las flores son más variadas, los pájaros cantan, corren los ríos, y llegamos gozosos á una meseta, donde somos recibidos con nutrida salva de fusilería, á la cual responden inmediatamente las carabinas de nuestros portadores: la fiesta parece organizada en honor nuestro, pues la guardia que vigila en las barreras de Kilema nos había anunciado.

Cuando hubo hablado la pólvora, del grupo de guerreros se adelanta un mocetón de casi seis pies de alto y bien formado, cubiertos los hombros con un mantel, y la cabeza con un sombrero de fieltro aplastado sobre un gorro de algodón: es el uniforme de los días solemnes.

—Este hombre, nos dice Daringo en voz baja, es el rey de Fumba.

El jefe da á cada uno de nosotros un vigoroso apretón de manos, estrechándonos, para mayor cumplido, tres veces el brazo con todas sus fuerzas. Después de contemplarnos á su sabor con una curiosidad poco solemne, señala al guía el lugar donde podremos instalar nuestro campamento, y se retira.

Síguele Daringo, sin duda para recomendarnos con todo encarecimiento. Además tiene el encargo de dar á

conocer el objeto general de nuestro viaje, y preparar discretamente el camino para nuestra instalación en el país. Poco después nos envían una vaca, con gran regocijo de los bagajeros: á nuestra vez ofrecemos el regalito de llegada, y pronto los indígenas, advertidos por los disparos, nos rodean, nos contemplan, tocan nuestros vestidos, nos pasan las manos por la cabeza, y con sencilla familiaridad nos tiran de la barba para cerciorarse de que no es postiza. Otros se mezclan con nuestros cargadores y les venden comestibles. La alegría es general.

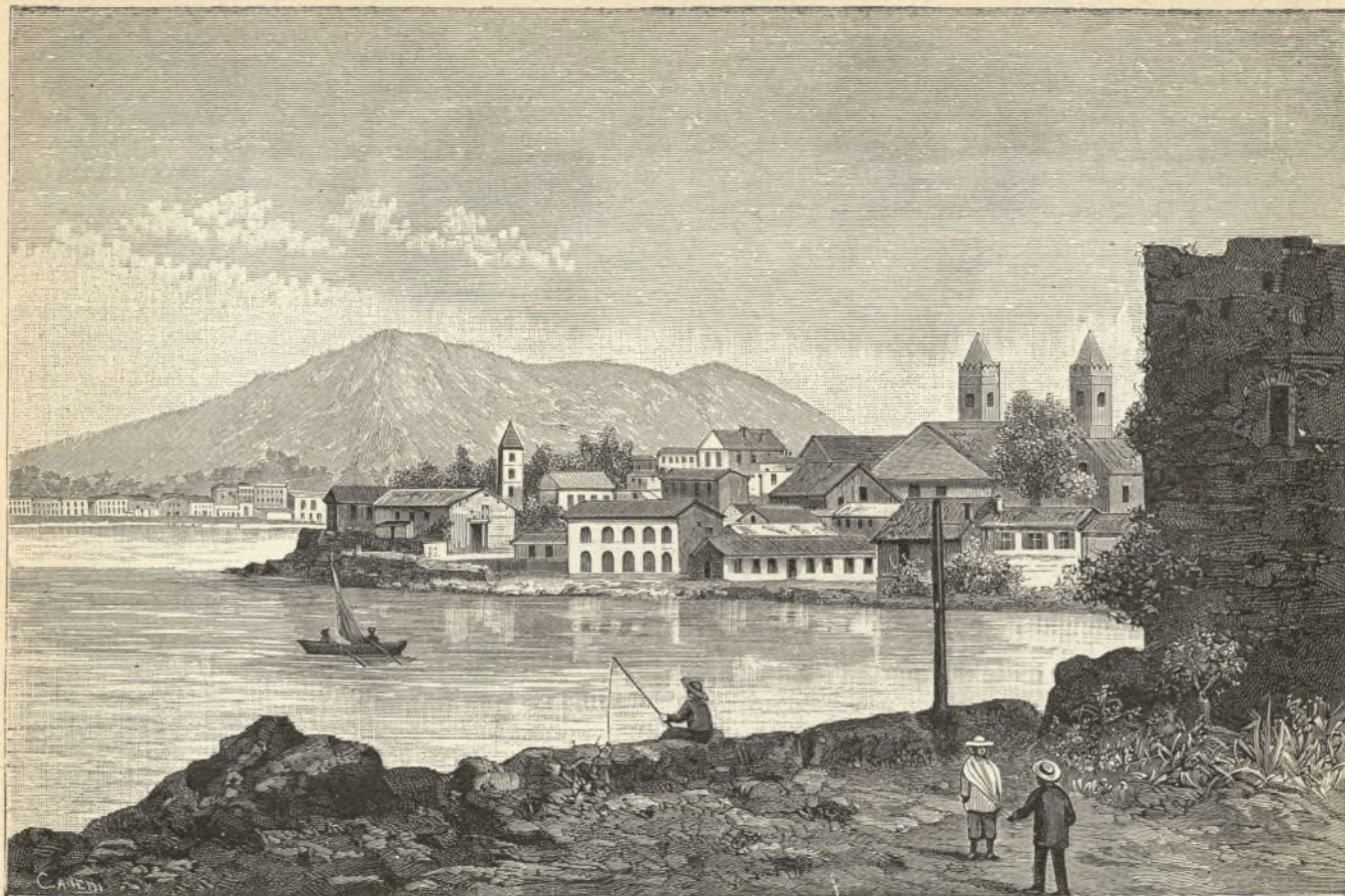
Este país no carece ciertamente de encantos.

Detrás de nosotros las dos cumbres grandiosas, el Kibo y el Kima-uencé, sólo se muestran á intervalos sobre el velo de nubes, con las que se hacen un movable ceñidor; mas la vista distingue con toda claridad el inmenso bosque virgen, las peñas enormes de la montaña y los barrancos sin fondo por donde sube el sordo rumor de las cascadas lejanas. Al rededor los campos y los huertos ostentan su exuberante vegetación, las anchas hojas de los plátanos sin número se mecen al soplo de la brisa, y esos pequeños cercados de *dracenas*, en los que cada familia habita, sola y libre, recuerdan todo lo que puede soñarse de más campestre, plácido y pintoresco. A derecha é izquierda, pero algo distantes, se levantan dos colinas, que en otras partes serían montañas, salpicadas de manchas blancas, numerosas y movibles: son los rebaños, cuyos lejanos balidos llegan hasta nosotros. A nuestro frente, en el fondo del paisaje, vense las aguas tranquilas del Dyipé, los azules



JAPÓN.— Manera de pesar en los puertos japoneses. (Pág. 336)





COLOMBIA.—Ciudad de Panamá. (Pág. 306)

montes del Gweno que limitan el horizonte, los numerosos riachuelos que serpentean por la llanura, el frondoso bosque de Kahe donde se reúnen, y la inmensa extensión del desierto que sigue á lo lejos hasta el punto en que la tierra se confunde con el cielo en el horizonte vago y profundo del país masaia.

Por la tarde nos disponemos á hacer una visita á Fumba. Daringo, que ha pasado el día con S. M., nos precede y debe introducirnos. Al Ilmo. Courmont la fatiga no le permite acompañarnos, y voy solo con el Padre Gommenginger, de lo que me felicito, pues hallamos á nuestro pobre rey en completo estado de embriaguez, efecto quizá de la alegría.

Vémosle sentado á la puerta de una elegante choza, que es la bodega real. En frente hay su palacio, espaciosa casa de madera; al lado, una especie de cobertizo donde se celebran las reuniones, y diseminadas sin orden, algunas viviendas destinadas á las mujeres y servidores, rodeado todo de una verde valla. Al acercarnos Fumba quiere levantarse, pero esta maniobra es para él difícil, y así procura «recobrar fuerzas» haciéndose servir más cerveza, hecha de plátano y mijo, y nosotros mismos tenemos que beber en la copa: esta bebida es por lo demás excelente, y superior al vulgar *pombé* de maíz, de las poblaciones del llano. Las demostraciones de simpatía abundan; pero á medida que se multiplican, Fumba, que no se apura para hallar escupideras, llora y babea de una manera deplorable.

De repente Daringo toma la palabra con una familiaridad enteramente democrática, y dice al primer ministro:

—Está ebrio como vasija llena.

—¿Hein? ¿Daringo? pregunta el soberano.

—Verdaderamente, prosigue nuestro bagajero, racionas como un alcornoque...

—¡Ah!

—Como una calabaza...

—¡Eh! Calabaza...

—Es imposible hablar de negocios en este momento: no sabes decir más que simplezas: ya nada ves; escupes por todas partes; estás ridículo...

—¡Ea, bebamos una vez, Daringo; bebamos una vez! Este es el placer...

—No, vete á acostar, rey mío. Volveremos mañana temprano: sacrificaremos la cabra y haremos la alianza.

—¡Ah, cuánto os quiero! concluyó Fumba, estrechándonos el brazo con fuerza. Quedaos conmigo.

## VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

### XXVIII

#### La gruta de Elias en el monte Sinai

EL monte Sinaí forma un macizo rectangular de cuatro kilómetros de largo y dos de ancho, dirigido de Noroeste á Sudeste, completamente aislado de las montañas próximas por profundos valles: la llanura



de er-Raha al Norte, el uadi ed-Deir al Levante, el uadi Ledja al Poniente, y un desfiladero escabroso que une estos dos valles al Mediodía. El pico más alto, la verdadera cumbre del Sinaí, termina la montaña al Sur: lo llaman djebel-Muca, el monte de Moisés. Allí es donde Dios dió las tablas de la ley á su fiel Siervo. Al extremo Norte del macizo se levantan tres enormes y soberbios montones de rocas, dominando la llanura de er-Raha, donde acampó Israel. Probablemente desde estas cimas el Señor proclamó por sí mismo el Decálogo entre fuego, nubes y tinieblas. Danles el nombre de Ras-Safsafelh. Entre las dos extremidades la montaña forma una escabrosísima meseta, rica también en recuerdos. Allí hay la gruta de Elías. Finalmente, para completar la sumaria descripción de la montaña, digamos que un angosto valle, el uadi ech-Chreich, baja del djebel-Muca paralelamente al uadi Ledja, del que únicamente la separa una arista de rocas, y desemboca al Norte en la llanura de er-Raha. Este fué verdaderamente el camino que siguió Moisés, cuando desde la cumbre del Sinaí bajó al campo llevando las tablas de la Ley.

Desde el monasterio á la meseta, formando mil circuitos en el flanco meridional de la montaña, hay un camino por el que pudieran circular coches si los hubiese. Fué construido treinta y cinco años atrás por el virrey de Egipto Abbas-Bajá. Este príncipe, hijo de una beduina, concibió el singular proyecto de construirse una quinta en el Sinaí, á la que pretendió ir en coche desde el Cairo. Una muerte violenta, en 1854, dió al traste con su loca empresa, no quedando de sus trabajos sino dicho trozo de carretera, las ruínas de una aldea formada por sus obreros á la entrada del uadi ed-Deir, y una casa blanca que se ve á Poniente en una elevada montaña, el djebel-Zerca, la montaña azul.

A los peregrinos no les gusta el largo y monótono camino de Abbas-Bajá: prefieren subir la santa montaña por el antiguo sendero de los solitarios, casi á pico por una espantosa hendidura de la roca, muy cerca del monasterio.

El 18 de Noviembre, á la primera luz del alba todo está dispuesto. La ascensión se hará casi con frío: en la puerta de nuestro aposento el termómetro marca un grado sobre cero. El H. Euthymios, posadero del monasterio, que conoce todos los repliegues de la montaña, será nuestro guía. Por desdicha este hijo del Peloponeso no sabe del francés más que tres frases poco útiles: Buenos días;—Buenas tardes;—¿Cómo está V.? y poco más de árabe. Suerte que es hombre de buena voluntad, y que por lo menos nos entendemos.

Una puertecita en el muro Oeste del huerto nos pone inmediatamente en el sendero, y pronto empezamos á subir los altos escalones arreglados por los antiguos monjes. Según ciertos autores, tiénense que subir siete mil setecientos escalones para llegar á la cumbre del djebel-Muca. Felizmente exageran. Pococke, viajero del siglo pasado, sólo halló tres mil. Ocioso es indicar que no los contaremos; otras cosas tiene el camino que nos interesan más.

Al cabo de veinte minutos un álamo, surgiendo de las rocas en el fondo del estrecho barranco, señala una

fuentecita, la fuente de Jetro, de Chu'eib, en lenguaje de los indígenas. La tradición dice que Moisés venía á ella cuando apacentaba los rebaños de su suegro.

Con frecuencia, al tomar aliento para la ruda ascensión, echamos atrás una mirada al silvestre uadi ed-Deir. Esta vista de aereonauta sobre el monasterio, su huerto y capilla de los muertos, perdidos en el fondo de un océano de rocas oscuras bajo inmensas montañas que amenazan aplastarlas, tiene algo de imponente que cautiva.

A lo mejor vemos una capilla de la Virgen, muy bien conservada, y con exvotos de peregrinos. La historia local refiere que hace muchos siglos los monjes, devorados por las chinches que habían invadido el monasterio, resolvieron abandonarlo por algún tiempo. Antes, empero, de alejarse, dirigiéronse por última vez en oración á los santos lugares de la montaña. Al pasar por este sitio, aparecióseles la Virgen, ordenándoles que volviesen al monasterio, y prometiéndoles que los asquerosos insectos jamás volverían á molestarles. Aseguran que la prometida gracia todavía persevera, y nosotros nada hemos experimentado en contrario, digan lo que quieran ciertos viajeros de delicada epidermis.

A pocos pasos el sendero, ó más bien la escalera, ya algo más correcta, atraviesa sucesivamente dos arcadas, que en otro tiempo fueron las puertas de la santa montaña. En la primera los peregrinos que no se habían aún confesado, hallaban un sacerdote para oírles, y en la segunda un monje pedía á todos el billete de confesión, tarjeta de entrada, obligatoria en la santa montaña. El monje Esteban, cuyo cuerpo hemos visto en la cueva mortuoria del convento, se prestaba gustoso á oír las confesiones de los peregrinos en el primer portal, y murió en este santo ministerio; así el primer arco se llama la puerta de Esteban.

Llegamos por fin á la meseta, á quinientos cincuenta metros sobre el monasterio, que ya está á una altura de mil quinientos veintiocho metros según las medidas de la expedición inglesa. Allí, en el hueco de un anfiteatro de grandes peñas de granito rojo, las aguas de la montaña mantienen algún verdor, hacen crecer algunos juncos, los monjes cultivan en primavera un huerto, y un soberbio ciprés, de tronco semidesnudo y de un metro de ancho, levanta su cabeza para buscar el sol encima de las rocas. A pocos pasos al Mediodía, en la pendiente que baja del djebel-Muca, dos capillas unidas, la de Elías y la de Moisés, con sus blancas paredes, alegran un poco el sombrío paisaje.

El H. Euthymios nos invita á sentarnos en una grande roca lisa casi en el centro del anfiteatro, diciéndonos que los setenta ancianos de Israel descansaron en esta plaza. La historia se refiere en el capítulo xxiv del Exodo.

«Dijo después Dios á Moisés: Sube al Señor tú y Aarón, Nadab y Abiu, y los setenta ancianos de Israel, y le adoraréis desde lejos: y sólo Moisés subirá hasta el Señor, y los demás no se acercarán; ni subirá con él el pueblo (1).»

«Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiu, y los setenta ancianos de Israel, y vieron al Dios de Israel,

(1) Exod. xxiv, 12.



y la peana de sus pies parecía una obra hecha de zafiro y como el cielo cuando está sereno. Ni por eso la mano de Dios hirió á estos hijos de Israel, que habían avanzado mucho hacia el monte, sino que después de haber visto á Dios, comieron ellos y bebieron lo mismo que antes. Mas Dios dijo á Moisés: Sube á lo más alto del monte donde estoy, y detente allí y te daré unas tablas de piedra (1).»

Créese que el llano en que estamos fué la estación de los setenta ancianos. En efecto, ningún sitio se armoniza mejor con el Sagrado Texto: el agua de la fuente y el abrigo de las rocas permiten permanencia cómoda á la vista del djebel-Muca, el trono en el cual se mostró el Señor cuando los ancianos lo adoraron. La capilla dedicada á Moisés perpetúa este recuerdo.

Desde este modesto santuario pasamos por una puerta lateral á la capilla de Elías, una simple sala de ocho metros y medio de largo por tres y medio de ancho, perfectamente limpia. Detrás del altar hay la pequeña caverna donde el profeta Elías, huyendo de la cólera de Jezabel, recibió la visita del Señor. «Confortado con el pan que le había traído el Angel, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar á Horeb, monte de Dios. Llegado allá hizo asiento en una cueva, y dirigiéndole el Señor la palabra, le dijo: ¿Qué haces ahí, Elías? A lo que respondió él: Me abraso de celo por Ti, ¡oh Señor Dios de los ejércitos! porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, han destruído tus altares, han pasado á cuchillo tus Profetas: he quedado yo solo, y me buscan para quitarme la vida. Díjole el Señor: Sal fuera, y ponte sobre el monte en presencia del Señor, y he aquí que pasará el Señor, y delante de El correrá un viento fuerte é impetuoso, capaz de trastornar los montes y quebrantar las peñas: no está el Señor en el viento. Después del viento vendrá un temblor de tierra: tampoco está el Señor en el terremoto. Tras el terremoto un fuego: no está el Señor en el fuego. Y tras el fuego el soplo de una aura apacible y suave. Habiendo oído esto Elías, cubrió su rostro con el manto, y saliendo fuera, paróse á la puerta de la cueva, y de repente oye una voz que la dice: ¿Qué haces aquí, Elías? (2).» Y el Profeta repitió su primera respuesta.

Aparición misteriosa que Tertuliano llama centelleo de la Divinidad, en la cual todos los Padres ven el anuncio de la ley de amor sucediendo á la de temor. El Redentor esperado no hará oír los truenos, estallar los rayos, ni abrásar la montaña, ni la hará temblar como el Señor, dando la ley en el Sinaí. Una Virgen ignorada lo concebirá por el soplo suave y silencioso del Espíritu Santo; y nacerá en la soledad y la paz. No disputará ni gritará, no se oirá su voz en la plaza pública (3); morirá como cordero que se deja trasquilar sin quejarse (4).

Apenas podamos penetrar en la gruta de Elías para orar: no tiene más que noventa centímetros de alto, un metro y veinte centímetros de ancho, y dos metros y

medio de longitud, y aún está dividida en dos partes por un tabique.

Santa Silvia visitó estos sitios y recogió de boca de los solitarios las tradiciones que hallamos alteración al cabo de quince siglos.

«Habiendo, pues, satisfecho nuestro vivísimo deseo de subir al sagrado monte, escribe, empezamos á bajar de la cumbre de la montaña de Dios, á donde habíamos subido, para ir á otra montaña que es su prolongación, lugar que se llama Choreb.

«Allí hay una iglesia, pues es el sitio llamado Choreb, donde se detuvo el santo profeta Elías cuando huía del rey Acab, y donde Dios le habló diciendo: ¿Qué haces aquí, Elías? como está escrito en el libro de los Reyes. En efecto; muéstrase hoy delante de la puerta de la iglesia la gruta donde se ocultó San Elías. Muéstrase en el mismo lugar el altar de piedra que erigió San Elías para sacrificar al Señor, y así es como los Santos que nos acompañaban se dignaban mostrárnoslo todo. Hicimos, pues, nuestra ofrenda y la oración más fervorosa: leyóse el pasaje del libro de los Reyes. Constantemente fué nuestro mayor gusto, en todos los lugares, leer el pasaje de la Biblia relativo á los mismos. Hecha nuestra oblación, fuimos á otro lugar que los sacerdotes y los monjes nos mostraron no lejos de allí, esto es, el lugar donde se detuvo San Aarón con los setenta ancianos cuando San Moisés recibió del Señor la ley para los hijos de Israel. En este sitio no hay construcción alguna, sino únicamente un gran peñasco plano, en el cual dícese se detuvieron aquellos Santos, y en el centro se levanta como un altar de piedra. Leyóse el pasaje del libro de Moisés, y recitóse un salmo apropiado á la circunstancia. Así, después de hecha nuestra oración, bajamos al valle, á la iglesia de la Zarza ardiente.»

Todos los peregrinos que vinieron después de Santa Silvia hablan de la gruta, y por sus relatos sabemos que además de la capilla de Elías, hubo allí uno ó dos santuarios más, varias veces reconstruídos con diferentes advocaciones (1). Por lo demás, los oratorios actuales no presentan ningún indicio de antigüedad.

## MI DIARIO DE Á BORDO

### DESDE SAN NAZARIO AL CALLAO (PERÚ)

por el Rdo. P. Brunetti, de la Congregación del E. S. y S. C. de M.

#### II.—A lo largo de las costas septentrionales de América del Sur (continuación)

NUESTRA travesía de mil quinientas leguas desde San Nazario á Colón ha durado veintiún días. ¿Cuánto durará la de Panamá al Callao, distantes unas quinientas cincuenta leguas? Este es el secreto del porvenir. El Pizarro, en el cual nos hallamos, dista mu-

(1) Antonino Mártir no habla de capillas. El manuscrito del siglo IX ya citado, señala una segunda capilla dedicada al profeta Eliseo. Félix Fabre vió una capilla dedicada á Santa Marina. Cuaresmio (*Elucidatio Terræ Sanctæ*) dice que una de las capillas estaba bajo la advocación de Santa María Egipcíaca.

(1) Exod. xxiv, 9-12.

(2) III Reg. xix, 8-13.

(3) Isai. xlii, 2; Matth. xii, 19.

(4) Isai. liii, 7; Act. viii, 32.



cho de tener las dimensiones de la *América*, y ciertamente no andaremos catorce millas por hora, tanto más cuanto debemos hacer cinco escalas.

Sopla una brisa muy fresca. El Océano Pacífico no lo es tanto como su nombre, y algunos pasajeros vuelven á marearse.

51 de Diciembre de 1891.—Mañana al levantarnos habrá empezado el año 1892. ¡Cuán cortos son los años de la tierra! Sólo es real la eternidad. ¿Qué será de la Iglesia en el año que vamos á comenzar? ¿Qué será para nosotros, que vamos á la conquista de las almas? Sólo Dios lo sabe. ¿Qué importa, mientras permanecemos en la verdad, y hagamos todo el bien que nos sea posible? ¿Qué es una revolución de la tierra al rededor del sol? Un insignificante fenómeno en la grande vida de la que Dios es centro y principio. La tierra, por lo demás, es para el género humano el buque que lo conduce del tiempo que pasa á la eternidad que no tiene fin. Lo que importa, es que el nombre de Dios sea santificado, que venga á nuestras almas su reino, y que su voluntad se cumpla en nosotros como en toda la creación, como en el cielo. Del año que va á terminar sólo permanecerá lo que tiene á Dios por principio y fin.

2 de Enero.—Hace dos días que navegamos por el Pacífico. Los vientos parecen en él muy variables, pues á intervalos soplan del Sur, del Norte y del Oeste.

Aunque estamos bajo el Ecuador, el calor es templado y las noches son bastante frescas, diferenciándose notablemente su temperatura de la del mar de las Antillas. Andamos diez nudos por hora, lo que da doscientas cuarenta millas al día, ó sea ochenta leguas. Si fuésemos directamente al Callao llegaríamos el 7 de Enero.

¿Qué vida se lleva en el Pacífico, á bordo de un *steamer* inglés? Se come y bebe mucho. Se duerme, y léese

un poco, por desgracia malos libros en general. Los que no saben como pasar el tiempo juegan á cartas. Se come cinco veces al día: por la mañana á las siete y á las diez, y por la tarde á la una, á las seis y á las ocho y media. Tenemos que acomodarnos á la cocina inglesa, con mezcla de cocina española. Nada de vino, poco pan y muchas patatas. Carne y más carne, sopa con pimienta y gengibre, y luego té: té á primera hora, té á las diez, té á la una, y té á las seis y á las ocho. Una comida sin té sería perjudicial á la salud de los viajeros. Además, los ingleses tienen que dar salida á su mercancía. El vino cuesta seis francos la botella: ¡es producto francés, y justo es que lo paguemos caro!

Este régimen no es obligatorio, y mucho menos gratuito. ¿Qué sería de nosotros siuviésemos que apechugar con tanto té y tanta carne!

5 de Enero.—Hemos pasado la línea hace pocas horas, pero sin bautismo. Esos añejos usos de la navegación á vela tienden á desaparecer cada vez más, y ya no se pone á través del cristal grande del telescopio un cabello ó un hilo para hacer ver á los viajeros sencillos la línea ecuatorial. De esas ceremonias pintorescas, y con harta frecuencia chanceras, del bautismo de los trópicos y de la línea, pronto no quedará más que el recuerdo, de lo que ciertamente no se lamentarán los pasajeros.

Al caer de la tarde pasamos frente de algunas de las más prodigiosas cimas de la cordillera de los Andes: el Chimborazo con su ancha cúspide redondeada, de seis mil quinientos treinta metros de altura, y el Cotopaxi (cinco mil novecientos cuarenta y tres metros), con su cono de argemina blancura, que vomita en ciertas épocas inmensas llamas, ríos de lava, y nubes de ceniza y humo. Por desdicha, la distancia á que nos hallamos no nos permite verlos distintamente, y gozar de tan magnífico espectáculo como los habitantes de Quito.

4 de Enero.—Esta mañana estamos en la embocadura del río Guayaquil, y fondeamos frente del lindo pueblo de Puna, en la isla del mismo nombre. La campana de la iglesia que se ve en el extremo izquierdo del pueblecito, da la señal del *Angelus* y después invita á asistir al Santo Sacrificio. Comprendese que el país es profundamente católico.

La embocadura del río es ancha (V. el grabado de la pág. 329), y como las bocas de la mayor parte de los ríos de la América del Sur, bordada de paletuvios y llena de islas que quedan sumergidas en la pleamar. La ciudad de Guayaquil está lejos, y no podemos verla: es el puerto de la república ecuatoriana.



COLOMBIA.—Una playa cerca de Panamá. (Pág. 306)

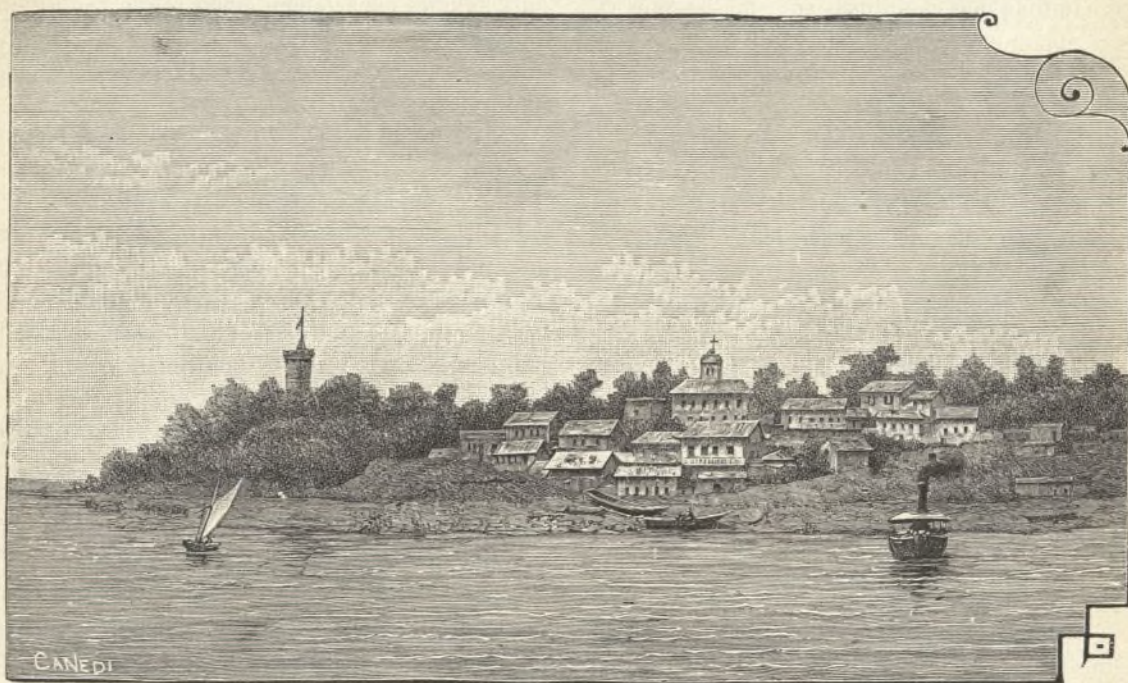


Imposible no recordar aquí al valiente García Moreno, que con su martirio libró á su país de la vergonzosa servidumbre de la impiedad. ¡Gloria al héroe cristiano y al ilustre hombre de Estado!

A las once llega un buque de vapor de Guayaquil. Algunos pasajeros anuncian que reina en la ciudad la fiebre amarilla, y no son admitidos. A las cinco una chalupa de vapor, y poco después un cañonero del Es-

y hay algunos tranvías. Las iglesias son numerosas. El puerto parece muy animado: es lo mejor que hemos visto desde nuestra partida de San Nazario. La población consta de cerca cincuenta mil almas.

Terminadas las operaciones de carga y descarga, á medio día empréndese la marcha y bajamos el río. A las tres alcanzamos la plena mar, y nos dirigimos hacia el Sur.



ECUADOR (América del Sur).—Embocadura del Guayaquil, orilla izquierda. Isla y población. (Pág. 328)

tado nos tranquilizan diciendo que la fiebre amarilla no está oficialmente declarada por la Junta de Sanidad. Levantamos inmediatamente el áncora, y nos dirigimos hacia Guayaquil.

A las ocho de la noche fondeamos cerca de la ciudad, que parece muy grande á juzgar por la prolongada hilera de luces que se ve en la orilla derecha del río. La corriente es muy fuerte, y las embarcaciones que se nos acercan con dificultad pueden resistirla. Trazo estas líneas en el salón, alumbrado por la luz eléctrica que suministra la máquina de vapor. Con un motor es fácil, por medio de la máquina Gramme, obtener la luz eléctrica, y la mayor parte de los buques de vapor han adoptado este sistema de alumbrado.

5 de Enero.—La noche ha sido pésima para los viajeros, que no han podido cerrar los ojos á causa de que centenares de ecuatorianos, en medio de un ruido ensordecedor, han trasladado al *steamer* los plátanos, naranjas, limones, ananas y yuca que han traído una nube de embarcaciones. ¿A dónde van tantos frutos? Al Callao, y de allí á Lima y Valparaíso. A las seis subimos al puente para examinar la ciudad, que dista muy poco.

Construida al pie de una cadena de colinas, en un terreno llano, á pocos metros sobre el nivel del mar ó del río, presenta buen aspecto. Las calles son anchas,

## RIOHACHA Y LOS INDIOS GOAJIROS

La península Goajira, situada en la extremidad Nordeste de Colombia, tiene veinte kilómetros de extensión en el mar Caribe, desde Riohacha. Limitada por todos lados por el mar que la estrecha, no tiene más límite natural al Sur sino, por una parte, los montes Oca, por otra el río Ranchería, llamado en su desembocadura Calancala.

La superficie es como de quince mil kilómetros cuadrados. Está habitada por esa raza de indios, todavía salvajes, que han conservado en toda su integridad sus leyes y sus costumbres primitivas y groseras.

Está situada entre los 11° 5' á 12° 30' de latitud Norte, y los 73° 30' y 75° 32' de longitud.

Toda la península Goajira pertenece, pues, hoy á Colombia. Desgraciadamente, esa dependencia no ha sido hasta ahora sino aparente é ilusoria; los indios son dueños y señores en su territorio, y lo serán durante mucho tiempo todavía.

¿En qué época se establecieron los goajiros en la península? Difícil sería indicar una fecha precisa: ningún escrito hace mención de ella de una manera positiva. Hay, sin embargo, motivo para suponer que esa toma de posesión data de más de tres siglos.

Jamás se ha levantado el censo de esa población; se



calcula que se compone de veinticinco á treinta mil almas.

Esos indios se dividen en castas ó familias, independientes unas de otras, y con frecuencia enemigas entre sí. Pero todos los miembros de una sola casta no constituyen sino una sola familia y todos son solidarios; hacen suyas las pendencias de los demás, y si por cualquier motivo se hacen la guerra dos individuos de castas distintas, la lucha se extiende entre las dos tribus. Por eso las familias más poderosas son, no las más ricas, sino las más numerosas.

Ahora que conocemos algo el país, relatemos una escena mortuoria.

Desde que el indio está agonizando, le cubren la cara con un pañuelo para que nadie lo pueda ver más.

Apenas muere, si es rico, se mandan emisarios á llevar la noticia á todas las rancherías de la comarca, y sus parientes más cercanos le lavan el cráneo con sal y jabón. Después le ponen al difunto su mejor vestido, *shei*.

Para enterrarlo hacen tomar al cuerpo la posición de un hombre sentado, con la cabeza un poco baja y las manos entre las piernas. En esa postura lo envuelven primero en su manta, no sin haber antes colocado á sus pies una gran vasija de tierra, *tenaski*, con sus joyas, el oro y la plata que tenga, y además toda clase de alimentos para varios días, lo que él comía de costumbre, como plátanos, arroz, canela, carne salada, queso, maíz sancochado, y también tabaco de mascar y de fumar. Puesta esa primera mortaja, lo colocan en la que va á servirle de ataúd, lo cual no es otra cosa sino una piel de novillo, en la cual lo cosen sólidamente junto con los víveres indicados.

El cuerpo así atado, es la palabra, con cordeles, lo exhiben en una hamaca y lo llevan al caserío de su nacimiento. Entonces de todas partes de la Goajira vienen á llorar al muerto. Un viajero que presencié uno de esos entierros dice lo siguiente:

«Habiendo sido Suta un jefe rico, muy respetado y muy amado, había mucha gente en su entierro. Era él, me han dicho, para ser salvaje, hombre de muy buen sentido y, cosa muy rara, de mucha rectitud. Iban de varias leguas á la redonda á pedirle consejo.

«Quise asistir á ese espectáculo, que lo era verdaderamente.

«Los numerosos indios que llegaron de varios puntos de la península se agruparon por familias, por castas. La mayor parte llevaban puestos sus mejores vestidos, y fueron montados en sus mejores caballos. Formaban un gran cuadro alrededor del *ranchito* del difunto. Era como la muralla humana de un gran patio, y lo abigarrado de los vestidos y de los colores presentaba un golpe de vista de lo más interesante.

«Cuando llegué, varios indios é indias estaban ya al rededor del cadáver, sentados en el suelo como nuestros sastres, con la cara cubierta con un gran velo y llorando á gritos. ¡Cuán lúgubre y cuán poco sincera á la vez me pareció esa manera de expresar su dolor!

«Ya me había impresionado desagradablemente en Riohacha una escena casi análoga. Hay, sin embargo, entre ellas alguna diferencia.

«En ambas hay evidentemente convicción. En los

riohacheros son explosiones de dolor, sollozos ruidosos y gritos; pero esos sollozos y gritos no son uniformes en todos. Cada cual los modifica según su carácter, su educación, su temperamento: en otros términos, varían, son más ó menos violentos, más ó menos continuos.

«Eso depende de cada persona. Entre las goajiros, al contrario, es un ritmo usado, empleado por todos, una especie de melopea triste, siempre la misma; en una palabra, una lamentación según la fórmula.

«Al oírlos, sus gemidos me causaban la impresión sinistra y monótona de los aullidos del perro, de noche, llorando á su amo.

«Al lado de ese cuadro tan triste, había otro de un género muy diferente: los preparativos de las grandes francachelas. ¡Era un singular contraste!

«Unos indios se ocupaban en desollar y despedazar novillos, y el ron circulaba entre los grupos, pues es de usanza entre los goajiros que se mate una parte del ganado del difunto, si éste es rico, para distribuirla entre los asistentes, y que su familia obsequie también con algunos barriles de aguardiente.

«Dura la ceremonia uno ó más días, según haya sido la cantidad de animales degollados y la cantidad de ron que se haya comprado. Emplean el tiempo necesario para comérselo y bebérselo todo; después tan sólo es cuando se le da sepultura al difunto.

«Al indio pobre le entierran al mismo día. Desgraciadamente, esas fiestas concluyen con frecuencia mal. Los indios se embriagan; discusiones, altercados, riñas surgen á veces, y de ahí la guerra declarada entre dos castas.

«Nada de semejante hubo que deplorar, por fortuna, en el duelo de Suta: las comilonas duraron dos días; todo pasó en calma. Después llevaron el cuerpo al cementerio *amuyu*, cerca de Cambute, su residencia, donde lo enterraron.

«Hicieron un gran hoyo en el suelo, colocaron el cadáver de pie y no de costado; todo fué cubierto de tierra, de arena, de piedras, de cal y en la superficie de conchas marinas. Ninguna eminencia, ningún signo exterior: sólo esas conchas de mar sobresalen del suelo.

«Los muertos son entre los indios objeto de un culto especial, lo que parece indicar sentimientos elevados y cierta civilización. Un individuo á quien sorprendieran violando una sepultura, sería muerto sin compasión.

«La costumbre exige que durante nueve días los parientes más cercanos del difunto enciendan grandes hogueras cerca de su tumba para alejar á sus enemigos ya difuntos. Estos, según sus creencias, podrían venir de noche, cerca de él y «hacerle daño», pues para ellos uno no muere realmente sino al cabo de esos nueve días. Es también á causa de esa firme creencia por lo que depositan víveres en el ataúd para algún tiempo.

«Mientras tanto, es prohibido en ciertas tribus comer carne. En algunas castas también, al rico lo entierran en su propio rancho, con el mismo ceremonial. Al año, como en ese país las carnes se descomponen muy pronto, sacan los huesos ya secos, los colocan en una gran urna de barro quemado, *tenaski*, y entonces los depositan definitivamente en el cementerio.

«Los amigos y parientes del difunto vienen de nuevo



á llorar, y eso es pretexto para otras abundantes libaciones de ron.

«Dos días después del duelo de Suta, un indio se presentó en mi casa llevándome una vaca negra, la que, con gran sorpresa de mi parte, habían destinado para mí. Es costumbre que los invitados notables reciban, según su rango, un caballo, una novilla ó un carnero.»

## CATOLICISMO Y PROTESTANTISMO

EL Sr. de Pressensé, hijo del célebre senador protestante y redactor del *Temps*, de París, ha dado una serie de conferencias en Lausana, á sus hermanos en creencias.

Las dos primeras han versado sobre las crecientes dificultades que se presentan para admitir y conservar en el Protestantismo un *credo* cualquiera. La tercera trata de la *conversión de Manning, su vida, sus obras*. Este hecho tiene una importancia considerable en la historia del Protestantismo.

He aquí el resumen:

En 1845 Newman se pasó á la Iglesia romana. Fué ese un golpe terrible, que produjo una profunda sensación en todos los espíritus: los unos siguieron á Newman, los otros cayeron en una incredulidad absoluta. Pusey se presentó entonces en primera fila: esforzose por reunir y aunar á los que habían permanecido fieles; su más precioso auxiliar fué Manning, que era más enemigo de Roma que Newman y que jamás conoció las dudas que atormentaron á este último. Su temperamento, esencialmente práctico, le obligó, en 1851, á pasarse también al Catolicismo. Encontró en él la paz, fué recibido favorablemente y se elevó con rapidez: catorce años después de su conversión fué nombrado Arzobispo de Westminster; más tarde llegó á ser Cardenal.

En la cuarta conferencia, en la que debía presentarse una conclusión ya prometida, el Sr. de Pressensé principia por una pintura muy interesante de la situación del Anglicanismo después de la conversión de Newman y Manning.

Muestra el Ritualismo, que se desenvuelve más y más, admitiendo casi por completo la liturgia de la Iglesia católica y la mayor parte de sus dogmas: la Misa, la confesión auricular, el culto á la Santísima Virgen y los Santos, las oraciones por los difuntos, etc. El pastor se reviste para las ceremonias, de sobrepepliz, alba y casulla, ornamentos todos del sacerdote católico.

El Ritualismo hace surgir por todas partes suntuosas iglesias, y provoca una admirable explosión de obras de caridad.

Y llega la conclusión, «difícil, delicada, dice el orador, completamente personal, que, ordinariamente, no se tiene el valor de expresar ante el público,» pero que él dirá francamente. Nuestros lectores comprenderán la importancia de tales declaraciones, que son la resultante de las reflexiones de tantos protestantes de buena fe.

«De todas las filas del Protestantismo, agrega, se eleva un grito unísono: ¡*Franqueza!* ¡*más franqueza!* Se estudia en el silencio del gabinete; se llega á conclusiones y convicciones personales, que nadie se atreve á decir públicamente. Yo usaré de franqueza con vosotros.

«El Protestantismo descansaba sobre dos principios: la inspiración divina de la Biblia y la justificación por la fe en Jesús Salvador.

«Cada palabra de los Libros Santos era la palabra de Dios y se creía, con la evidencia de la verdad, que el Cristo Salvador era el Hijo Eterno de Dios, hecho hombre.

«Pero ¿qué ha hecho hoy el Protestantismo de esas dos bases? ¿Quién admite ahora la inspiración divina de los Libros Santos?

«El único guía ó autoridad que queda á las almas protestantes es la conciencia individual; y de ahí viene un desmenuzamiento que cada día aumenta, y que no hay razón que detenga en su marcha.

«En presencia de este espectáculo, uno se pregunta si la verdad, la vida sobrenatural, no son mucho más seguras en el Catolicismo; si el individualismo protestante tiene poder suficiente para resolver las cuestiones sociales.

«Las almas religiosas quieren un dogma, una autoridad, la certidumbre; pues se les empuja á pedirlos á la Iglesia romana, que les da sus afirmaciones doctrinales, su *Credo* invariable, y que parece ser la única que posee la llave de los problemas sociales de nuestra época.

«Aquellos que ha aceptado la conciencia de los Newman, de los Manning, ¿quién *à priori* podría declararlo falso? Cuando vemos á hombres de tanta ciencia y piedad arrojar en brazos de la Iglesia romana, ¿quién se atrevería á denostarlos?

«Si esta obra de demolición se prosiguiera ¿quién sabe si la necesidad legítima de poseer una autoridad y creencias positivas no arrastraría á cierto número de almas tras los Newman y los Manning?»

El Sr. de Pressensé termina este elocuente panegírico del Catolicismo pronunciado ante protestantes, con visible emoción, al hablar de las angustias de las conciencias protestantes.

Es la confesión de que el Protestantismo, careciendo ya de base, es un edificio que bambolea, y de que los cristianos que no quieran perecer bajo sus ruínas no tienen más refugio que la Iglesia romana.

## LA BARBARIE CIVILIZADA

LA fiebre colonizadora ha invadido á las naciones modernas, como invadió las antiguas, pero ¿qué diferencia entre aquellas expediciones en las que, si iban aventureros, no faltaba el ministro de la Religión que protegía al inocente, y las que hoy se envían, compuestas sólo de soldados y comerciantes sin conciencia!



Al ver llegar á los europeos, juzgábanles los americanos seres superiores, emanación quizá de la Divinidad... las tribus del centro de Africa, al verse víctimas de la salvaje ferocidad de los modernos civilizadores, ¿qué dirán? ¿qué pensarán de un país de donde tales hombres proceden? Vergüenza da pensarlo.

No hace muchos años, en Inglaterra denunciáronse públicamente hechos de tal naturaleza, que nadie á creerlos se hubiera atrevido á no probarse de un modo concluyente. Oficiales de aquella nación, que quiere ir á la cabeza de todas en humanidad y cultura, en las soledades de los bosques africanos habían provocado escenas horribles de canibalismo, sólo por el placer de contemplarlas.

Ahora vuelve á hablarse de escenas horripilantes, pero ya no son los ingleses sus autores, sino los alemanes, los austeros alemanes, que tanto se escandalizaron cuando la prensa hizo público lo de los ingleses. Se ha publicado el diario de uno de los jefes de las colonias

de palos á los demás prisioneros (mujeres, niños y viejos), después de lo cual los ha sentenciado á trabajos forzados. Los tratan con tanta crueldad, que tres han muerto ya de hambre en la cárcel, sobre la cual ondea el pabellón imperial.

«17 de Marzo.— Los prisioneros han quedado expuestos durante varios días al sol, en la cubierta del *Soden*. Estaban atados tan fuerte, que las ligaduras les hacían sufrir de una manera espantosa; se les detenía la sangre en ellas, hinchábanseles brazos y piernas, y acabaron por criar gusanos en la sangre corrompida. Y esto días y días, bajo un sol tropical y sin que se les diera ni una gota de agua á aquellos infelices martirizados.

«A los que por asfixia ó por corrupción de la sangre entraban en la agonía, los mataban como á fieras.

«50 de Marzo.— Durante mi enfermedad, Welhan ha regresado de su expedición. No ha traído prisioneros.



ECUADOR (América del Sur).—Guayaquil. Entrada del río. Paletuvios. (Pág. 330)

alemanas, y de él tomaron algunos periódicos las páginas que trasladamos á nuestras columnas, para que nuestros lectores vean, horrorizados, lo que es el hombre civilizado lejos de las trabas de la ley y olvidado de las enseñanzas del Evangelio; para que vean lo que puede dar de sí una civilización sin Dios, para que se admiren, en fin, de lo que son capaces los que tienen palabras de reproche para nosotros en nuestro período colonizador de América, y en nombre de la caridad cristiana con nosotros protesten de semejantes atrocidades, relatadas con una sangre fría que horroriza.

He aquí lo que dicen las memorias aludidas:

«12 de Marzo.— Hoy he recibido noticias de la insurrección de los soldados dahomeyanos en Bakoko. El asesor Wehlan, que manda la expedición ha incendiado las aldeas, pero no ha podido coger á ningún combatiente. Ha hecho prisioneros á las mujeres, á los viejos y á los niños. Ha mandado decapitar á muchas viejas y dar

«—Todos se me morían, ha dicho de sobremesa, y los hice matar á bordo.

«Luego, continuando su narración, añadió:

«—Los soldados, uno sobre todo, se divertían mucho arrancándoles la piel de la cabeza á los prisioneros: les hacían una incisión en la mandíbula inferior, la cogían con los dientes, tiraban y la sacaban entera, dando la vuelta por la cara hasta la parte posterior del cráneo.

«¡Y cuántas escenas de horror ignoramos todavía porque sus autores ó sus testigos se avergüenzan de referirlas!»

He ahí á qué van esas expediciones al Africa, he ahí lo que cuesta á la humanidad un dato, quizás falso, para la ciencia, y que ésta debiera rechazar á semejante precio. Ved en lo que va á parar ese desmedido afán de enviar expediciones, que se ha apoderado de las naciones de Europa.

Un escritor hizo, algunos años ha, una observación



para nosotros honrosa, y era, que los colonizadores franceses empezaban construyendo un fuerte, los ingleses una cantina, y una iglesia los españoles. Sí, los españoles fueron arrastrados en la época de su fiebre colonizadora, más que por intereses mundanos, por los eternos. Ellos ardían en deseos de convertir al Catolicismo á los infelices salvajes, y por eso empezaban por una iglesia, invocando así el auxilio de la Divinidad, allí en donde los otros anteponían á los intereses de la Religión los del comercio.

Aquella época pasó, y Europa se jacta de ser dominada por otras ideas, y... ¡ved sus frutos como florecen en tierra de salvajes! Allí van nuestros expedicionarios ¿á civilizar?

## CRÓNICA

**Roma.**—La nueva Encíclica de Su Santidad León XIII, fechada el 20 de Junio y dirigida á todos los príncipes y naciones, indudablemente ha de producir profunda impresión fuera de las filas de la Iglesia romana.

Dicho importante documento pontificio se dirige á todos los hombres de buena voluntad, sin excepción de comunión religiosa, dentro del Cristianismo.

León XIII les llama á todos á la unidad en la fe.

Se dirige con especialidad á los cristianos orientales, prometiéndoles solemnemente respetar y conservar la integridad de sus ritos, privilegios, usos y costumbres, y poniéndoles en guardia contra las exageraciones de ciertos publicistas sin autoridad y polemistas sin misión, que en varias ocasiones han suscitado recelos por parte de los cristianos de las Iglesias griega, rusa, armenia y otras de Oriente, respecto á cuestiones disciplinarias. La Iglesia católica, que enseña la unidad en el dogma, admite las diferencias en la disciplina.

León XIII, dirigiéndose también á los protestantes de todas las comuniones, les exhorta á volver á la Iglesia á fin de luchar con los católicos en defensa de la idea y de la moral cristiana.

Mostrando la necesidad de dar solución á la cuestión social, Su Santidad dice que sólo la Iglesia puede resolver con imparcialidad y justicia tan arduo como apremiante problema.

Termina exhortando á los cristianos á que se aparten de las Sociedades secretas y anticristianas, condenadas ya por la Iglesia.

**Dinamarca.**—Sor Ana Brigida escribe á un Religioso dominico de la Provincia de Francia:

«El motivo de mi tardanza en daros noticias del incremento que toma el Rosario en Dinamarca, es debido al tiempo que tuve necesidad de emplear para indagar el número de asociados en las varias parroquias de la Jutlandia. Sabéis sin duda que el Catolicismo, gracias á la divina bondad, hace aquí grandes progresos, sobre todo en la ciudad de Copenhague, donde cada año cuéntanse las conversiones por centenares.

«A esta fecha tenemos ya doce iglesias ó capillas parroquiales, por el orden siguiente: cuatro en Copenhague, una en Ordrup, situada á hora y media de la capital: dos en Fionia, Odensa y Svendborg; cinco en Jutlandia, Randers, Aarhus, Horsens, Frevicia y Koldig. En todas se halla establecido el Rosario viviente.

«El número de asociados es de veinte ó veinticinco Secciones, con tres ó cuatrocientos miembros. La capital Copenhague se distingue por su fecundidad, pues además de la Cofradía, que cuenta con más de quinientos individuos, el Rosario viviente tiene treinta Secciones, formando todas un conjunto de mil personas próximamente, alistadas bajo la bandera de Nuestra Señora del Rosario.

«Todos los primeros domingos de mes celébranse en la iglesia de San Anscario los cultos propios de la Cofradía (esto es, rezo

de una parte del Rosario, sermón y procesión, terminándose con solemne bendición), y concurre mucha gente.

«Las señoritas, que forman división aparte de la mencionada Cofradía, tienen su reunión mensual en nuestra capilla, presidida por el señor presbítero Johansen, director del Rosario, quien después de rezar una parte les dirige brevemente la palabra.

«Es un consuelo muy grande para el clero católico y para nosotras, humildes Religiosas de San José, bajo la protección de la Inmaculada Madre de Dios, ver revivir el culto de nuestra celestial Madre en esta nación, donde hacía ya tres siglos desapareciera. Todavía esperamos un porvenir más halagüeño, pues últimamente el pastor protestante que dirige la familia Real, habló ante la corte y nobleza danesa con gran claridad, alabando á *Maria* en el discurso que pronunció con motivo de la llamada confirmación de uno de los hijos del príncipe Real.

«Concluyo recomendando á vuestras santas oraciones y á las de los demás Religiosos de vuestra Comunidad, nuestra Misión y las obras, que os ruego acojáis con toda benevolencia.»

**Jerusalén.**—Las fiestas que el venerable convento de San Esteban de Jerusalén celebró los días 25, 26 y 27 de Abril, en honor del Beato Pedro M. Sanz y compañeros mártires, fueron en extremo brillantes.

Todas las Ordenes y Congregaciones religiosas de la Ciudad Santa estuvieron representadas; los reverendos Padres Franciscanos, Agustinos de la Asunción, Misioneros de Argel, Hermanos de las Escuelas cristianas y varios sacerdotes del clero secular del rito latino y de los ritos orientales; las Hermanas de la Caridad, de San José, de Sión y del Rosario. Numeroso y escogido auditorio acudió también á escuchar el magnífico relato de la vida y martirio de los valientes campeones de la fe, que en francés y árabe hicieron diferentes oradores sagrados de las Ordenes de San Francisco y Santo Domingo. El día segundo del triduo el panegírico fué en castellano y estuvo á cargo del Rdo. Padre fray Diego Lustras, de la misma Provincia religiosa que los bienaventurados Mártires.

El último día el cónsul de Francia en Jerusalén, Mr. Ledoux, tuvo á bien honrar con su presencia los solemnísimos cultos que el convento fundado sobre la tierra regada con la sangre del Protomártir de la fe ha consagrado á los generosos hermanos españoles, á fin de obtener de su poderosa intercesión que el Señor suscite una nueva Eudisia para levantar la basílica largos años ha en proyecto.

**Corea.**—En la pág. 313 damos el retrato, tomado de una fotografía, del Rey de Corea. Ahora los misioneros trabajan allí en paz y ven desaparecer paulatinamente los recelos seculares en aquella tierra santificada con la sangre de tantos Mártires. Un tratado, ajustado recientemente, parece asegurar el porvenir. No es esto decir que haya desaparecido todo peligro, y algún hecho aislado revela que todavía está fanatizada la multitud. Esperamos, sin embargo, y rogamos á Dios, que no vuelvan los malos días de la persecución sangrienta.

**China.**—El periódico chino *Chang Ngoi San Po*, correspondiente á últimos de Mayo, dice que la peste hace grandes estragos en el Imperio del Medio. Las Autoridades habían prohibido la matanza de los cerdos y la pesca.

Circulan por las calles procesiones quemando perfumes. En las casas se queman madera de sándalo y varillas de madera perfumada á fin de ahuyentar de ellas el contagio.

La epidemia ataca, no sólo á los naturales, sino también á los extranjeros. Alguno de éstos ha sido encontrado muerto en la calle dentro de la silla de manos.

Dice un telegrama de Hong-Kong que después de una cortísima disminución que hizo concebir halagüeñas esperanzas, ha vuelto á recrudecer en aquella ciudad la peste que la está asolando, con gran consternación de sus habitantes, presos todos de indescriptible pánico.

Desde estos últimos días aumenta considerable y continuamente la intensidad de la epidemia, que causa una mortalidad de setenta por ciento.



Hay mucha dificultad en encontrar gente para conducir los cadáveres al cementerio y darles sepultura, y á no ser por los agentes de la policía británica que se ven obligados á desempeñar el papel de enterradores, la mayor parte de los cuerpos, negros é inertes, quedarían insepultos, pudriéndose en las casas y calles.

Los enfermos chinos se resisten también á ser conducidos á los hospitales.

Aumenta la gravedad de la situación el que los indígenas nada hacen para mitigar los efectos de la plaga, limitándose sus esfuerzos en aquel sentido á recorrer las calles de noche y día quemando cohetes y petardos para hacerse, dicen ellos, simpáticos á las deidades infernales y aplacar su furia.

La peste hace también grandes estragos en Cantón, en cuya ciudad el virrey, el gobernador y los altos empleados han ofrecido hacer sacrificios á los dioses con la esperanza de detener los progresos del mal.

Una de las circunstancias más extrañas que ofrece la actual enfermedad es que ataca á toda suerte de animales. Sólo en Cantón se han reunido y enterrado veinte mil ratones.

Para comprender, por fin, la violencia de la peste, dice un periódico indígena que en una casa en que vivía una familia de ocho individuos, sólo quedó un sobreviviente, una muchacha. Cuando los restantes habían fallecido se presentó en la casa un ladrón con el propósito de saquearla. Al verlo la muchacha, único ser vivo que encontrara el malhechor, ofreció aquélla á éste darle todo lo que quisiese bajo la condición de procurarles cajas mortuorias para los demás individuos de la familia que yacían aquí y allá en la casa sin que nadie se cuidase de darles sepultura. Accedió el ladrón, y fué seguidamente á buscar las cajas, pero al regresar á la casa encontróse con que había fallecido también de una manera fulminante la muchacha. Poco después murió él también víctima de la peste, mientras estaba dedicado al saqueo y cuando tenía ya recogidos y puestos en un saco muchos objetos de valor.

**Noticias varias.**—Un sobrino del célebre Cardenal Ledokowski, actual Prefecto de la Propaganda, acaba de celebrar su primera Misa en la iglesia de las Ursulinas de Cracovia. Pertenece el P. Wladimiro Leokowk á la Compañía de Jesús, á la que promete con su ciencia y virtud nuevos ornamentos.

—Parece ser que se trata de aumentar el número de escuelas que hoy se hallan á cargo de los Padres Franciscanos españoles en Marruecos. Según se dice, para que el proyecto se lleve á cabo, han ofrecido su concurso varias personas acomodadas de Valencia, Sevilla, Barcelona y Málaga.

—El Superior de Padres Blancos en Uganda, P. Hacquart, ha dado una importante conferencia en la Sociedad de Geografía Comercial, de París, y en ella ha expuesto el estado actual de aquella Misión, con multitud de pormenores políticos que han llamado vivamente la atención de los políticos y de la prensa.

—Correspondencias del Canadá dicen que el Clero católico se distingue en aquel país por el ardor con que promueve la colonización del territorio, en lo que no hace otra cosa que proseguir los trabajos de los misioneros en los dos últimos siglos. El obispo Mons. Labella, no ha mucho tiempo fallecido, había fundado por sí sólo más de cuarenta pueblos, y se cree que, si no se presentan obstáculos, la población del Canadá llegará á ser en plazo muy breve de muchos millones de habitantes más que los que actualmente cuenta.

—La Sagrada Congregación de *Propaganda Fide* acaba de erigir un vicariato apostólico en el Chang-Tong Oriental, confiado á los Menores Observantes de la Provincia de París. Ha sido designado para regentarlo como vicario apostólico el reverendísimo P. Fr. Cesáreo Schang, publicado en el último Consistorio Obispo titular de Vaga.

## VARIEDADES

ONITA-UIK-KAMOK

(LEYENDA AMERICANA)

**P**ASEMOS al Nuevo Mundo. Vayamos un poquito más allá de Méjico, hasta el lago Hudsón, á los últimos países habitados por los hombres hacia el polo helado del Septentrión. Veremos á una pobre mujer y á su tierna prole llamadas á la fe por una aventura curiosa y admirable.

La pobre salvaje está á la orilla del lago, haciendo preparativos para su marcha. Sus fuertes cabellos caen sobre el pecho y las espaldas. Su cuerpo está cubierto de pieles y de tiras de lienzo consumido. Lleva colgado por la parte de atrás una especie de armatoste á manera de cuna, hecha de duela reforzada por los lados, y dentro de este aparato un niño envuelto en unas pieles descansa en el verde musgo que hay en el fondo de la cuna.

De los dos ángulos de ella parte una tira de cuero que pasa por delante del cuello de la madre, sosteniendo de este modo su querida carga, esto es, el niño. Junto á su madre caminan á pie otros dos muchachos, uno menor que el otro, tan velludos, que apenas podrían distinguirse del mono ó de un oso pequeño.

En la playa, y atascada en húmedas raíces, hay una canoa, frágil y pequeñísima, especie de barquichuelo que se sostiene á veces con un palo que se le coloca, y cubriendo con un manojo de ramas los agujeros de los dos extremos para que no penetre el agua.

La pobre mujer pone la canoa á flote, hace entrar los dos muchachos, y por último ella con su preciosa carga. Colocados los tres, se dirigen á un islote no muy lejos de la orilla, siendo la madre á un tiempo la remera, el timonel y el capitán del buque.

Por el camino hablaba á los muchachos de su padre, que se había ido al bosque hacía algunos meses para cazar á las bestias salvajes, la raposa, el lobo cerval, el topo almizclado, la nutria y la nartora, y pagar con sus pieles las telas que había comprado á los europeos, y el aguardiente que tanto agrada á los hombres y les embriaga: les hablaba también de su hermano mayor, que había ido á la pesca más allá del lago para proveerse abundantemente de salazón para el invierno, y no verse obligados á romper con el hacha el duro hielo, y pescar con el bramante y el dardo, sentados encima de las he-ladas moles, desafiando el mortífero frío.

Explicábales, al mismo tiempo la buena provisión de azúcar que harían en la primavera, agujereando el tronco de los árboles por diversas partes, acercando al agujero una corteza vacía, y poniendo debajo otras cortezas mayores para recoger el precioso licor que conducido á la cabaña lo harían hervir hasta el punto en que, dejándolo enfriar y evaporarse, quedarían hermosas y dulces cristalizaciones que halagarían su paladar.

Sintió mientras remaba, que el pequeñito se agitaba en su cuna de musgo y lloraba; y confiando los remos á los dos muchachos, después de enseñarles como habían de sostener la barca en equilibrio, hizo caer el peso de



la cuna por un lado, y cayéndose el infante por la parte de la popa, lo tomó en sus brazos, lo amamantó, y regalábase colmándole de acaricias con maternal cariño.

Por último llegaron á la orilla del islote, y saltaron todos en tierra, apoyándose en unas rocas, dejando la barquilla en la movediza arena.

¡Pobrecita! Cuando tan felizmente había hecho su travesía, sobreviene un furioso huracán que vuelve repentinamente al agua el barquichuelo entre montes de agua y espuma; levántalo, déjalo caer de nuevo sobre la arena, y otras oleadas lo están agitando de uno en otro lado en movimiento rápido, incesante, con espanto de la infeliz mujer, que buscaba inútilmente quien le diese auxilio en tan apurado trance.

Los pobres muchachos mirando aterrados al agua exclamaban aturridos: «¡Madre, la piragua ya no existe!» Había quedado enteramente sumergida.

El de la cuna, sin comprender el ruido del viento que ruge y lo conmueve todo, se agita, llora y hace desesperados movimientos.

Ella se golpea el vientre, conforme á su costumbre salvaje; se aturde y mira por todas partes sin distinguir otra cosa que el agitado mar y los agudos escollos en la isla desierta.

—¡No quiero morir aquí por ahora! dice, y cogiendo dos troncos de los árboles que encuentra cortados en el cercano bosque, los ata con unas raíces tiernas y flexibles, carga con este aparato, y encomendando á los dos muchachos que guarden al pequeñito; sube sobre aquella improvisada embarcación, le da movimiento y la guía con una rama pelada que le sirve de remo.

¡Cosa rara! El lago está tranquilo, y el viento parece como que no se atreve á apartarse de la playa, pues las irritadas olas no la alcanzan.

Llega á la opuesta orilla, y mientras busca afanosa quien le preste ayuda, ó una nueva canoa para ir á buscar á sus hijos, de nuevo se agita el lago; sopla el viento con impetuosidad mayor, y los gritos y los llantos de los tres abandonados llegan á su oído con el airado huracán, rasgándole su afligido corazón, puesto en una tempestad más violenta que la que agitaba el irritado lago.

¡Pobre madre! Hasta las fieras cuando llega á sus oídos el lamento de sus cachorrillos, ó cuando se los arrebatara una mano atrevida, ó otra fiera más horrible aún que ellas, se conmueven espantosamente y sienten un tormento atroz en sus entrañas. Buscan una muerte segura, pero quieren probar de rescatarlos á toda costa.

De tal modo la madre salvaje, ondulantes sus cabellos por la violencia del aire, y en desorden las pocas ropas que la cubran, aterrorizada exclama:

—¡Hijos míos! ¡no, no habéis de morir solos!

En aquel instante se presenta á su vista una canoa sujeta á los ramales de la orilla; salta en ella con la velocidad del rayo, la empuja mar adentro y la dirige hacia sus abandonados hijos.

Y el mar se calma, y el viento cesa, y una dulce brisa la ayuda para llegar á la otra deseada orilla.

Ya ha llegado á la isla: pende ya de su cuello la querida cuna con el pequeñuelo, y los dos mayores, consolados y agarrados de su mano, entran con ella en la ca-

noa; rema, camina y adelanta con inmensa pena. Caen de su frente gotas de un sudor copioso; tiene sus cabellos húmedos y la respiración cansada y afanosa. Pero boga siempre con ardor, mientras el lago se conserva plácido y el viento amansado y suave.

Apenas puso pie en la arena, volvieron á enfurecerse las aguas y el viento; las espumosas oleadas, que otra vez iban á morir sobre la arena, fueron á mojar los pies de la dichosa madre.

Los salvajes de aquella comarca llamaron desde entonces á aquella pobre mujer, *Onita-vik-Kamok*, esto es, *la mujer que conduce una canoa vacilante sin hundirse*.

Un día del año 1852 el misionero P. Fremiot, de la Compañía de Jesús, vió llegar á su nueva colonia de la Inmaculada Concepción á una mujer salvaje que le pedía con instancia la instruyese en la oración del Grande Espíritu, esto es, en la Religión del verdadero Dios.

—¿Quién eres y de dónde vienes? le dijo el misionero, y ¿quién te ha enseñado á pedir que te instruya en la oración del Grande Espíritu, sin que nadie te lo haya dado á conocer?

—Yo soy *Onita-vik-Kamok*, le contestó la mujer; vengo del lago Nipigdon; y si quieres saber por que deseo que me instruyas, escúchame.

Y explicándole su aventura, tal como acabamos de narrarla, prosiguió:

—Cuando á la puesta del sol pude llegar á la isla y encontré á mis pobres hijos temblando y asustados, pero vivos, me acordé que cuando yo era todavía joven había oído hablar del Grande Espíritu á los ancianos de mi tribu, que decían: «Está muy alto, allá sobre los cielos. El es quien ha hecho la tierra, el mar y el sol. Es el supremo Dueño de los hombres y de los animales. El es quien da la vida y la muerte según su voluntad.» Entonces comprendí que había sido el Grande Espíritu quien había soplado en las aguas del lago, dejándolas tranquilas, y que á El solo debíamos la vida yo y mis hijos. Por esto, apenas ha llegado á mis oídos que aquí había los *Ropas negras*, que enseñaban la oración del Grande Espíritu, se ha apoderado de mi alma un gran deseo de aprenderla, y he venido.

En poco tiempo quedó perfectamente instruída, y en el Bautismo, primicia de aquella Misión, se le impuso el nombre de María Ana.

#### EL JAPÓN DE NUESTROS DIAS

La capital del Japón, situada sobre una extensa llanura, es, después de Londres, la ciudad más grande del mundo, atendiendo al perímetro que ocupa, si bien el número de habitantes no pasa de dos millones, donde podrían habitar quince. Compréndese fácilmente este cálculo, sabiendo que de los ochenta y cinco kilómetros cuadrados que arroja la superficie total de Yeddo, sólo ocho ó diez kilómetros cuadrados comprende la población habitada, estando ocupados los restantes por los palacios del Emperador y de los nobles, por los parques, jardines y fortificaciones.

Yeddo está dividida en dos partes por el río Okava;



Hondjs, que es la parte más pequeña, forma una isla, distribuida en ocho barrios y ocupada casi totalmente por templos y palacios.

Divídese á su vez la ciudad propiamente dicha en tres partes: Siro (el castillo), Soto-Siro, alrededores del castillo, y Midsi, la población.

Siro, residencia del Emperador, se encuentra en el centro de Yeddo, rodeado de altas y espesas murallas que forman una especie de ciudadela de ocho kilómetros de circunferencia. Además del palacio imperial, álzase en Siro el destinado al presunto heredero del Japón, y los tres que son habitados por los «gosankios» ó príncipes de sangre real. Todos estos edificios, de líneas sencillísimas, dan idea del gusto japonés, grave y sombrío por demás.

Dentro del recinto de Siro elévanse dos altas colinas, desde donde se descubre un hermoso panorama de jardines y el grandioso golfo de Yeddo, á cuyos puertos acuden sinnúmero de navíos de todos los países.

Soto-Siro rodea al castillo, del que le separa un foso, practicable por medio de doce puentes. Comunica con la ciudad, atravesando el canal de Chori, sobre el cual se levantan treinta puentes, algunos tan importantes como el famoso Nipon-Bassi, puente del Japón, que está considerado como centro geográfico del Imperio.

La ciudad (Midsi) encierra algunos monumentos notables, como son los templos de Confucio y del Kanda; la universidad de Yeddo, donde se estudia la geografía, las ciencias físicas, lenguas, escritura japonesa y china, y sobre todo la alta literatura japonesa, que tiene sus fuentes en la literatura clásica de la China. Midsi cuenta con un gran teatro capaz para ocho mil espectadores, y con una soberbia pagoda, mausoleo tradicional de los soberanos.

Yeddo mantiene un comercio muy animado con todos los puertos del mundo. Los principales artículos de tráfico son las maderas y el papel, acopiados dentro de la ciudad en grandes almacenes.

Esta circunstancia favorece los incendios á que está muy expuesta, así como á los temblores de tierra. Uno de éstos, en 1868, destruyó millares de casas y muchos templos, é hizo perecer á treinta mil habitantes. Pero la ciudad remedió pronto las pérdidas, supliéndolas con ventaja, en cuanto al aspecto y á la regularidad de calles y edificios.

En la mayor parte de las ciudades marítimas del Imperio del Mikado, en todos los puertos japoneses abiertos al comercio cosmopolita, distínguense tres barrios muy distintos: el europeo, el chino y el japonés. Compuesto de calles paralelas ó perpendiculares, limpias y perfectamente rectas, el barrio europeo forma el más vivo contraste con los otros dos. El barrio chino, siempre miserablemente construido, es de una suciedad que apesta.

«Allí es donde, dice el Sr. Jorge Bousquet, la raza de los nanquinsan se dedica á la pequeña banca y á las diversas industrias de sastres, zapateros, etc. Véseles todo el día pesar mercancías (pág. 324), y examinar las monedas que reciben. Llevan la cola larga y el traje nacional en toda su pureza: estos son los chinos cosmopolitas, siempre idénticos á sí mismos, que en la ac-

tualidad parecen haberse hecho acémilas del mundo entero, desde el Océano Indico hasta el Atlántico. Raza infatigable é insaciable, esos chinos fueron los que instalaron aun en Yeddo los primeros establecimientos donde el extranjero pudo adquirir un patalón ó un par de botas. Ellos dirigen y cuidan todas las casas de comercio. En la misma parte de la ciudad se hallan los puestos de bebidas y los cafetines donde los marineros de diversas naciones acuden á embriagarse y mover escándalo.

«El barrio japonés, de calles angostas, con innumerables tiendas, muestran á los extranjeros que sin cesar transitan por ellas, montones de juguetes. Porcelanas, sederías, bronce, armas, alhajas de oro cincelado ó de marfil esculpido, todo solicita la curiosidad al novicio, cuyas piastras saltan de su bolsillo como los carneros de Panurgo.

«La ciudad europea es infinitamente menos animada que la japonesa: apenas se ven en ella algunos *stores*, especie de bazares en que hay objetos de toda clase reunidos en la misma tienda y que vende el mismo individuo, desde las latas de conservas hasta los arneses para vehículos, desde las calcetas de lana hasta las novelas llegadas por la última mala.»

#### MONUMENTO ARQUEOLÓGICO

El señor Gobernador del Estado de Veracruz (Méjico) ha recibido de Tuxpam un notable monolito que fué extraído de las ruínas de Teayo, lugar que, como es sabido, estuvo bajo el dominio de la raza azteca.

Ese monolito es una plancha de roca que tiene un metro ochenta y siete y medio centímetros de largo, por un metro diez centímetros de ancho, y once y medio centímetros de espesor en el borde.

El anverso representa en alto relieve una figura humana echada sobre el vientre, con los brazos y las piernas recogidos como si el personaje estuviera en cuclillas, y con los brazos levantados á la altura de la cabeza y las palmas de las manos abiertas. La cabeza está echada sobre la espalda, y el tocado que la cubre remata en una especie de pirámide ó capirucho, cuya extremidad llega hasta la cintura. Los dedos de los pies y de las manos están armados de potentes garras, y toda la figura está preciosamente ornamentada con grecas de estilo azteca.

El cincelado es notable por la pureza de las líneas y la simetría de las partes, y no hay un solo punto de la plancha que no esté cubierto de dibujos. El relieve alcanza diez centímetros de alto en la boca de la figura, de donde sale una como lengua, que remata en forma triangular.

Todo el grabado se conserva en magnífico estado, y sólo en la curva de la rodilla izquierda y en algunos otros puntos secundarios se nota un ligero desgaste, debido al embotamiento de las aristas, producidas seguramente por choques.

El reverso está ahuecado en toda su extensión en una profundidad de cosa de cinco centímetros á la distancia de veinte del borde, seguramente para disminuir el peso del monolito.